

*UNA
VIDA
QUE SE MIDE
CON LA
VIDA
DE
DIOS*

por
Camron Schofield

Traducido por
Heladia Schofield

Publicado por
Realidades Eternas

Copyright © 2016

ISBN: 978-0-9945585-3-4

El sitio web del editor/autor:

www.eternalrealities.com

Contenido

CAPÍTULO 1	5
La salvación depende de nuestro sentido de necesidad [5] Ciegos a nuestra verdadera condición [5] Sin el reconocimiento de nuestra verdadera condición, no hay ningún sentido de necesidad [6] Vivimos en tiempos inciertos [6] ¿Cómo seremos despertados a nuestro sentido de necesidad? [6] Experiencias cristianas confusas [7] La ley ha sido pervertida [8] Mi experiencia personal [9] Debido a que la ley ha sido pervertida, tienen que ser las experiencias de la vida las que nos lleven a Cristo - y aun así algunos se perderán la lección [9].	
CAPÍTULO 2	11
Por nosotros mismos no podemos hacer nada correcto [11] No tengas envidia de los que parecen tener una vida afortunada [11] Admitamos que no podemos hacer nada bien y dejar que Dios lo haga [12] Debemos estar petrificados de vivir nuestra propia vida [13] El regalo de una nueva vida [13] Dios vino a nosotros como ser humano [14] Renunció a todo por nosotros [15] Cristo no tuvo ninguna ventaja sobre nosotros, no pudo hacer nada por sí mismo [15]	
CAPÍTULO 3	17
Nuestro único poder es la elección [17] Cristo no pudo hacer nada por sí mismo [17] El Padre hizo las obras [18] Las obras de Dios son perfectas [18] Cristo fue la expresión visible del Padre [19] La vida de Dios [19] Lo que el Padre produjo en la vida de Cristo, lo produjo en nosotros [20] Y ya no vivo yo, más Cristo es quien vive en mí [20] La vida de Dios sin ser Dios [21]	
CAPÍTULO 4	23
Cristo nació del Espíritu [23] ¿Cómo vivió el Padre su vida en Cristo? [24] El poder de Dios está en su palabra [25] La Palabra obró en Cristo [25] Díez promesas [26]	
CAPÍTULO 5	28
El poder de Dios para salvación [28] Cristo leyó la palabra de Dios como hablándola a sí mismo [29] Él tomó las promesas personalmente [29] La Fe de Jesús [31]	

CAPÍTULO 6	32
El mismo privilegio se nos ofrece [32] Cristo es nuestro ejemplo [32] Un espíritu quebrantado y un corazón contrito y humillado es el propio sacrificio de Dios [33] Lo que brota del corazón de Dios [33] La sangre y carne de Cristo [34] La Palabra es Vida [35]	
CAPÍTULO 7	37
Leyéndonos en la palabra [37] Nunca trates de ocultar tus pecados de Dios [38] Cristo tomó sobre Él la culpa de todos nuestros pecados y los confesó, aunque Él nunca los cometió [39] También debemos confesar todo [40] El “Tiempo Aceptable” [40] Cada día muero [41]	
CAPÍTULO 8	42
Cristo se hizo uno con cada persona [42] Excepto a que Cristo se convirtiera nosotros mismos, no podría salvarnos [42] Cuando Cristo murió nosotros morimos con Él [43] Cristo se hizo yo mismo [44] El Espíritu Santo nos mostrará nuestra vida futura [44] Cristo reposó en el amor de su Padre durante la tormenta y así nosotros podemos también [45] Creer es recibir la vida de Cristo como mía propia [46]	
CAPÍTULO 9	47
El creer de Abraham [47] La promesa del hijo no vendría hasta que Abraham por medio de fe recibiera la palabra de Dios [47] Cristo se encontró con Abraham como a sí mismo [49] Cristo se encontró con Josué como a sí mismo [50] Cristo compartió esta misma experiencia con Sadrac, Mesac, y Abed-nego [50] Jacob se encuentra con su Antagónico [51] El Salvador de ellos es nuestro Salvador [52]	
CAPÍTULO 10	54
¿Qué significa “conocer” a Cristo? [54] Recibiendo el corazón de Cristo [54] El apóstol Pedro [55] Juan el amado [55] El apóstol Pablo [58] Martín Lutero [58] John Bunyan [59] Charles Spurgeon [60] El Desesperado [60] La acusación de blasfemia contra Cristo será lanzada a sus seguidores hoy [60] No nos convertimos en Dios [61] Una vida que se mide con la vida de Dios [62] Una oración [62]	

CAPÍTULO 1

La salvación depende de nuestro sentido de necesidad

Nuestra salvación depende totalmente de nuestro sentido de necesidad. Algunos pueden argumentar que nuestra salvación depende totalmente de Cristo. En efecto así es. Pero nuestra confianza en Cristo será proporcional a nuestro sentido de necesidad. Cristo vino a ser un médico para los enfermos del pecado. Pero aquellos que no están enfermos no necesitan un médico (Mateo 9:12). Con estas palabras, Cristo dio a entender que hay quienes nunca se beneficiarán del don de la salvación porque no buscan su ayuda. Un médico no puede ayudarnos a menos que vayamos a su cirugía o lo llamemos a nuestra casa. Del mismo modo, excepto que vengamos a Cristo o lo llamemos, no hay sanidad del pecado.

Ciegos a nuestra verdadera condición

El Testigo Fiel de Apocalipsis capítulo 3 describe la condición de aquellos que son renuentes a reconocer su condición de "Laodicea". Dicen: "Yo soy rico, y he aumentado con bienes, y no tengo necesidad de nada". Pero no saben que en realidad son "desdichados, miserables, pobres, ciegos y desnudos" (Apocalipsis 3:14-17). En otro sentido, cuando Dios habla a Israel a través de Isaías, Él describió su verdadera condición, "Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga" (Isaías 1:5-6). Sin embargo, se jactaron de su supuesta pureza y se separaron de aquellos que llamaron "otros hombres" (Lucas 18:11), gritando: "No te acerques a mí; porque yo soy más santo que tú" (Isaías 65:5).

Sin el reconocimiento de nuestra verdadera condición, no hay ningún sentido de necesidad

El apóstol Pablo testificó en su propia experiencia la veracidad de estos dos testimonios. Declaró que era un hebreo de los hebreos, de la tribu de Benjamín, en cuanto a la ley, irreprochable (Filipenses 3:5-6). Sin embargo, cuando se encontró con Cristo en el camino a Damasco, se reveló la oscuridad de su alma y gritó: “¡Quién me salvará del cuerpo de esta muerte!” “Porque cuando vino el mandamiento, el pecado revivió y yo morí”. Vio que lo que quería hacer, no podía hacerlo y viceversa. Cuando descubrió quién era realmente sin Cristo, tomó conciencia de su naturaleza intrínsecamente perversa (Romanos 7).

Durante mucho tiempo, Pablo estuvo ajeno a su verdadera condición. Pero cuando vio la gloria de Dios, se vio a sí mismo como realmente era. La experiencia de Isaías fue la misma. Cuando se expusieron los pecados de Israel, se mantuvo al margen, considerándose a sí mismo como no incluido en la denuncia, pero cuando vio a Dios, confesó: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5).

Vivimos en tiempos inciertos

Estar sin Cristo es algo terrible. Este es un mundo muy incierto. Desde conmociones sociales hasta trastornos naturales, no sabemos lo que puede traer mañana y “Bástele al día su propio mal” (Mateo 6:34). Es muy cierto que este mismo día, o incluso éste mismo momento, puede ser nuestro último respiro. ¿Hemos hecho la paz con Dios? ¿Está clara nuestra conciencia? Debemos hacernos estas preguntas mucho más seguidas, porque no sabemos cuándo “el cordón de plata se quiebre” (Eclesiastés 12:6).

¿Cómo seremos despertados a nuestro sentido de necesidad?

¿Cómo entonces seremos despertados a nuestro sentido de necesidad? Esta es una buena pregunta. La escritura nos dice

que es la bondad de Dios la que nos guía al arrepentimiento (Romanos 2:4). Cuando contemplamos que Dios no nos abandona a pesar de los rebeldes que somos, nuestros corazones serán tocados; ya sea en el contexto de la primera rebelión del hombre en el Jardín del Edén o en nuestra vida pasada. “Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Romanos 5:10). Fue “cuando aún éramos pecadores, que Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). “Él (Dios) nos amó primero” (1ª Juan 4:19). No buscamos a Dios, pero Él es quien vino a buscarnos, *a pesar* de nuestra miseria.

Aunque “Hieden y supuran mis llagas, a causa de mi locura” y “Mis amigos y mis compañeros se mantienen lejos de mi plaga...” (Salmos 38:5,11). Él no es repulsado por el hedor del pecado, sino que incluso pone su propio manto puro sobre nosotros para cubrir nuestra desnudez (Lucas 15:20-23). Él “nos has castigado menos de lo que nuestras iniquidades merecieron” (Esdras 9:13). Al contrario, “...echara en lo profundo del mar todos nuestros pecados,” diciendo “no me acordaré más de su pecado” dice Jehová (Miqueas 7:19, Jeremías 31:34).

Experiencias cristianas confusas

Pero todo eso, si bien es tan hermoso y conmovedor como lo es, puede dejar de despertarnos a nuestra verdadera condición. He visto a muchos “cristianos” regocijarse en eso y, sin embargo, no hay un sentido de necesidad genuina. Ellos dan por sentado el amor de Dios y lo comercian (2ª Corintios 2:17). Hay quienes, tal vez, han sido educados en una iglesia, y sus padres y maestros les han enseñado que son pecadores. ¿Cuántas veces le ha venido al pensamiento, mientras se van haciendo viejos, dejar sus convicciones a un lado, ya que es una carga pesada para alcanzar sus aspiraciones mundanales? Sin embargo, es cierto que algunos retendrán estas cosas en sus pensamientos y se someterán en humildad ante Dios. ¿Pero cuántos de ellos, servirán a Dios por temor, en lugar de por amor?

La bondad de Dios te llevará al arrepentimiento. Pero, ¿quién

te guiará a Cristo para que Él pueda “darte arrepentimiento”? (Hechos 5:31, 2ª Timoteo 2:25.) Aquellos que conocen a Dios a través de la naturaleza no necesariamente conocen a un Dios de amor. Pueden ver solamente a un Dios de poder y juicio o un Dios del orden. Pocos lo verán como un Dios de amor en las flores delicadamente teñidas con sus deliciosas fragancias y de un océano puro y desinteresado.

La ley ha sido pervertida

Hubo un tiempo en que la ley de Dios era el “maestro de escuela para llevarnos a Cristo” (Gálatas 3:24). Sí, y efectivamente aún lo es. “Porque por la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20). Y a menos que veamos que somos pecadores, no iremos a Cristo. Pero “la ley, la ley, la ley” ha sido forzada de manera muy delicada en la vida de las personas, por lo que la aversión a ella es mucho más grande que nunca en la historia de la tierra. La ley ha sido objeto de abuso y tergiversación, y Dios no responsabilizará al mundo por el mal trato de su ley si se ha representado incorrectamente ante ellos por aquellos que profesan ser los “repositorios de su ley”. Aquellos que esperan que los cielos declaren la justicia de Dios (Salmo 50:6, 97:6) a la humanidad, que se muestran claramente en las dos tablas de piedra, quedarán decepcionados. No será la ley la que condenará a los pecadores en esta era, sino es el *evangelio* que les será predicado a todas las naciones como testimonio (Mateo 24:14).

Es muy triste ver como la ley ha sido representada tan falsamente y, por lo tanto, tan difamada universalmente. Pero aquí es especialmente donde se aplican las palabras de Jesús: “No saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Debido a los conceptos erróneos que muchos tienen acerca de ley, trataré de hablar lo menos posible de ella. Buscaré ser como Pablo, “para los que están sin ley, como sin ley. . . para que yo gane a los que están sin ley” (1ª Corintios 9:21).

Entonces, ¿Cómo, nos despertaremos a nuestro sentido de necesidad, si estamos “sin ley?” La respuesta es simple: las experiencias de la vida.

Mi experiencia personal

Permítame, explicar con un breve relato mi propia experiencia en no más de cinco oraciones. Desde muy joven aprendí que era un pecador y que podía estar seguro “que mis pecados me alcanzarían” (Números 32:23). Me esforcé por ser bueno, pero siempre viví bajo una pesada carga de culpa. Me dijeron que Jesús perdonaría mis pecados, y los confesé. Por un momento encontré un respiro, antes de fallar una vez más. Cuanto más miraba la ley y trataba de guardarla, más imposible se volvía, lo que resultaba en una nube de constante condenación (aunque pensaba que esa condenación venía de Dios). Esto fue hasta que, mi justicia exterior empezó a caer en pedazos que empecé a buscar a Cristo con una genuina sinceridad.

Algunos pueden comparar mi experiencia con la de Esaú, que vino llorando y arrepintiéndose debido a las consecuencias (Hebreos 12:17). Pero no estamos aquí hablando de arrepentimiento. Estamos hablando de venir a Cristo. Debemos venir a Cristo antes de que Él pueda darnos el arrepentimiento. La paz del perdón es una cosa, pero una vida de paz es otra cosa. El perdón es el curita, pero no es la cura. La salvación en Cristo es más que el simple perdón de los pecados. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1ª Juan 1:9).

Debido a que la ley ha sido pervertida, tienen que ser las experiencias de la vida las que nos lleven a Cristo - y aun así algunos se perderán la lección

Las experiencias de la vida son las que nos despertarán a nuestro sentido de necesidad, nada menos que eso. Pocos serán despertados de otra manera. El problema con Laodicea es que su vida es demasiado fácil. No necesita nada, ya lo tiene todo (eso piensa). Esta tan cómoda y, como Sodoma, sin esfuerzo (Génesis 13:10). Es cuando la tormenta se levanta cuando los marineros piden ayuda a Dios (Salmos 107:23-30).

Sin embargo, ¿Qué pasa, cuando la tormenta cesa y regresan a

salvo al puerto? ¿Le dan gracias a Dios por su liberación y buscan sus caminos de paz y justicia? O ¿Vuelven al bar, a beber y deleitarse en los placeres de esta vida? Todos somos marineros en el mar de la vida. Pedimos ayuda a Dios cuando las cosas se ponen difíciles y las olas amenazan con ahogarnos. Pero cuando el mar vuelve a estar en calma, olvidamos a nuestro libertador y navegamos hacia donde nuestros caprichos y nociones nos arrastren.

Aunque perdamos el aprendizaje de esta lección, las experiencias de la vida son las que deberían enseñarnos. Si tuviéramos a Cristo continuamente con nosotros, continuamente lo estaríamos necesitando. Esta realización constante de nuestra necesidad solo puede ser nuestra experiencia real cuando reconocemos nuestra verdadera *condición*.

CAPÍTULO 2

Por nosotros mismos no podemos hacer nada correcto

Isaías dice que todas nuestras acciones correctas son trapos inmundos y nuestras iniquidades nos arrastra como cuando el viento sopla una hoja (Isaías 64:6). Considera este pensamiento. La justicia es hacer obras – buenas/actos – correctos, etc. Isaías está diciendo que no importa cuán “bien/bueno” podamos hacer algo, todavía está mal. Considera también las palabras del hombre sabio, “Guardar tu corazón con toda diligencia, porque de ahí están los asuntos de la vida” (Proverbios 4:23 KJ). Esa palabra “asuntos” significa lo que sale de él, como se da en una línea de producción, es lo que el corazón produce. Combine este pensamiento con el siguiente versículo que dice: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? (Jeremías 17:9). El corazón es engañoso y perverso; por lo tanto, lo que saldrá de él será engaño y maldad, ¿no? Y tal vez pensaras que tu corazón no es así. Seguro que así es. El corazón es tan engañoso que las Escrituras tuvieron que repetirlo cinco veces que “no hay ni uno que haga lo bueno” (Salmo 14:1,3, 53:1,3, Romanos 3:12); y aun así lo olvidamos. Déjame resumir esto de otra manera:

Tú no puedes hacer nada bien.

No tengas envidia de los que parecen tener una vida afortunada

Ahora, antes de que cierres este libro y lo tires, por favor, dame un momento. Para algunas personas, como yo, todo lo que tocan se desmorona. Para otros, todo lo que tocan se convierte en oro. Son realmente buenos en todo lo que hacen. Tienen lo que podríamos llamar el “Toque de Midas”. ¿Sabes de dónde viene esta frase? Viene de una historia en la mitología griega. El rey Midas pidió a los dioses que le dieran el poder de hacer que todo lo que

tocase se convirtiera en oro. En consecuencia, en muy poco tiempo se convirtió en un hombre muy rico. Pero déjame contarte el resto de la historia. Cuando llegó la noche y tuvo hambre, las uvas se convirtieron en oro en el momento en que tomó el racimo en su mano. No podía masticarlos, ni nada más en su mesa. Todo se convertía en oro en el momento que lo tocaba. Y no fue diferente con el vino. ¡Algunas versiones dicen que, a su toque, su propia hija se convirtió en oro! La bendición se convirtió en una maldición y suplicó que se le quitara ese poder.

Puedes parecer que eres una criatura muy afortunada, a diferencia de aquellos cuyas vidas no son más que un rastro de destrucción y son menos afortunados. Pero aquellos “pobres y afligidos” (Sofonías 3:12) claman a Dios día y noche (Lucas 18:7) para ser librados de sí mismos, mientras que ustedes que continúan en su vida afortunada, por el momento, piensen que todo está bien. Pero en la tarde, lo dulce será amargo en tus labios, y encontrarás que lo que consideraste una bendición es una maldición. El corazón es engañoso y lo que ahora piensas que es correcto, algún día resultará ser un grave error.

Admitamos que no podemos hacer nada bien y dejar que Dios lo haga

Esto no es todo pesimismo y psicología aparentemente negativa. Sé que no es fácil admitir que hemos hecho un desastre de la vida que Dios nos ha dado, pero no perdemos nada si lo hacemos. Más bien, si solo reconocemos que hemos fallado con nuestra confianza propia y luego ponemos nuestras vidas a sus pies, Él la tomará y la corregirá. A veces podemos arrebatársela de sus manos y arruinarla nuevamente, pero si lo hacemos, creamos que, sin embargo, Él estará feliz de recibirnos una vez más. Pero si aprendemos que cada vez que tomamos nuestras vidas en nuestras propias manos la arruinamos, entonces no dará pánico tomarla y la dejaremos a donde esté más segura, en las manos de Jesús. Como dicen aquellos que están al final de sus días y con toda razón: “Dejad ir tu pasado y permite a Dios”. Deposita tu confianza total en Él.

¿Quién es el que no quiere una vida donde Dios resuelve todo? Una vida así estaría libre de culpa y condena; una vida donde

todo se hace bien y las únicas consecuencias son la persecución por el bien de hacer las cosas. ¿A quién le gusta cosechar los resultados de sus propias acciones o los amargos frutos de su propia plantación? Solo piensa: si dejas ir tu viejo yo y dejas que sea Dios quien gobierne tu vida, entonces si algo sale “mal”, es su problema, ¿verdad? Y Él lo arreglará. No es para que te preocupes. Eso suena bastante bien para mí. De hecho, me daría miedo levantarme cada mañana si seré “yo” el que gobernará mi vida ese día.

Y no solo se ocupará de las cosas en el futuro, sino que también solucionará todos los errores que hemos cometido en el pasado. Él no nos librará de las consecuencias de nuestras acciones, pero a menudo orquestará los eventos, e incluso los corazones de los demás para que no sean tan duros con nosotros en algo que no podamos soportar. Pero pase lo que pase, nunca estaremos solos, porque Él llevará nuestra mano a través de todo esto.

Debemos estar petrificados de vivir nuestra propia vida

Suena bien, ¿no es así? Incluso la experiencia es mucho mejor. Aunque, yo mismo todavía estoy aprendiendo a dejar ir mi viejo yo y permitir a Dios obrar, ¡para siempre! Mi sentido de necesidad no es tan grande como debería ser. Mi corazón es muy engañoso y antes de darme cuenta he vuelto a tomar mi vida en mis manos. Estoy orando para que Dios afine mis sentidos para que sea consciente de lo que hago porque en mi mente, estoy petrificado de vivir mi propia vida. Y esta es la razón que la vida de tanta gente nunca parece funcionar bien, porque Dios está constantemente recordarnos que no podemos hacer nada bueno, por lo cual permite ciertas experiencias dolorosas en nosotros. Me entristece ver la cantidad de personas en este mundo que han perdido sus hogares, familias, empleos, etc. y aún no admiten que fue por sus irresponsabilidades que perdieron eso. Muchos de los que viven incluso en las cunetas de las calles son demasiado orgullosos para acercarse a Dios para recibir su ayuda. Aprendamos ahora, antes de que algo más grande se derrumbe sobre nosotros.

El regalo de una nueva vida

La vida que Dios nos está ofreciendo es una vida que supera

nuestros sueños más anhelados. Es más, que tan sólo una vida libre de culpa, condenación y preocupación por las circunstancias. Dios “que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantes de lo que pedimos o entendemos” (Efesios 3:20).

Dios ha puesto este don al alcance de cada uno de nosotros, y solo está esperando que no lo rechacemos. Pero al traernos este regalo, Él no pudo venir directamente a nosotros porque seríamos como Adán y correríamos a escondernos. Su gloria nos abrumaría. De hecho, seríamos muertos por el brillo de su venida. La gloria de su pureza destruiría nuestros pecados, y por nuestro apego a ellos también seríamos destruidos. Por lo tanto, Él tuvo que traernos este regalo de una manera diferente.

Dios vino a nosotros como ser humano

Los seres humanos se relacionan mejor con aquellos que se encuentran en una situación similar y que pueden entender su experiencia. Esta es la ciencia social básica. Y estas son leyes que Dios mismo ha implantado en la humanidad. Una ilustración perfecta de esta verdad es que cuando Adán nombraba a todos los animales en el Jardín del Edén, vio que no había una pareja para él (Génesis 2:19-20); y así Dios tomó una costilla de su costado y le hizo una compañera, uno con él en la misma naturaleza y que podía compartir las experiencias de la vida con él. Del mismo modo, así es como Dios necesitaba acercarse a nosotros. Necesitaba venir a nosotros en la forma de un ser humano. Pero no solo en forma externa, sino también en las realidades internas: la mente y la conciencia y sus interacciones con tendencias pecaminosas. Por lo tanto, Cristo fue hecho en todas las cosas como sus hermanos (Hebreos 2:17).

No había nada en lo que Él no fuera como nosotros. “En todas las cosas” no excluye nada. La única área en que fue diferente, fue “sin pecado” (Hebreos 4:15). Esto se refiere solo en el sentido de que cada acto en su vida se realizó correctamente de acuerdo con la perfección divina, no como nuestros “actos correctos” se realizan. No estuvo exento de las luchas internas que tenemos. La tentación en sí misma no es pecado. Es cuando nos aferramos

a un pensamiento erróneo en la mente, que cometemos pecado. Jesús tuvo que vigilar y proteger la entrada de cada pensamiento a su mente, de la misma manera que lo debemos hacer nosotros.

Renunció a todo por nosotros

¿Fue Él uno con nosotros en nuestras incapacidades inherentes para producir una vida de perfección? Él era Dios, ¿no es así? En efecto lo era. Sin embargo, Él se despojó de todo lo que pertenecía a la Deidad, excepto el derecho a su título. Antes de venir a esta tierra, Él era omnisciente, eso significa que Él sabía todo pasado, presente, futuro, todo eso. Todo. Incluso lo que estás pensando ahora mismo. Pero Él dejó eso atrás y se convirtió en un bebé y creció en sabiduría y en estatura al igual que tú y yo (Lucas 2:40). Él fue un aprendiz al igual que tú y yo, y todo lo que sabía sobre Dios lo tuvo que aprender al igual que nosotros lo necesitamos hacer.

Cristo también fue omnipotente. Sin embargo, Él también renunció a eso y cuando pusieron la cruz sobre sus hombros, no pudo cargarla. También, como Dios, Cristo fue omnipresente. Él podría estar en cualquier lugar, en cualquier momento, al mismo tiempo y en cualquier forma que Él deseara. Sin embargo, también perdió eso cuando tomó sobre sí nuestra humanidad. La gloria de su divinidad con su omnipotencia y omnisciencia se le regresó a Él cuando resucitó de entre los muertos. Pero su omnipresencia la renunció para siempre, así que por la eternidad el permanecerá con su cuerpo humano. Porque habrá quienes le preguntarán: “¿Qué son estas heridas en tus manos?” (Zacarías 13:6).

Cristo no tuvo ninguna ventaja sobre nosotros, no pudo hacer nada por sí mismo

Si Él hubiera retenido alguna de estas cualidades divinas cuando vino a este mundo a caminar entre nosotros, no hubiera sido nuestro socorro. Él no podría haberse identificado con nosotros o nosotros con Él. Todo habría sido un fracaso. Necesitábamos

ver a alguien en nuestra propia experiencia, así como nosotros, sin ninguna ventaja en absoluto. Esto se aclarará a medida que avancemos.

Si Jesucristo hubiera realizado sus propias obras, habría fallado en ser nuestro ejemplo perfecto. No tuvo ninguna ventaja sobre nosotros en absoluto. Él era tan humano como tú y yo. Ahora, con esto no estoy haciendo que Jesús sea un pecador, porque la naturaleza humana en sí misma no es pecado. Según Santiago, nuestra naturaleza nos incita a pecar, pero si el pensamiento es rechazado por odioso, el alma no se corrompe (Santiago 1:13-15). Él declara que Dios no puede ser tentado con el mal, verdaderamente no. Pero Pablo escribe que Cristo fue “tentado en todos los puntos como nosotros” (Hebreos 4:15) pero sin pecado. ¿Por qué? Porque fue hecho a semejanza de carne pecado (Romanos 8:3). ¿Qué significa esto? Simplemente que Él también tenía una naturaleza que por sí mismo no podía hacer lo bueno. Por eso fue que “habiendo ofrecido ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído por su temor reverente” (Hebreos 5:7).

Puedes decir esto es, “¡Blasfemia! yo conozco a mi Cristo y puedes conocerlo también”. Lamento a aquellos que piensan que Cristo tuvo una ventaja sobre ellos. Se están perdiendo una verdad maravillosa. Cuando era más joven, llevaba mis pequeñas pruebas a mi padre y él me decía: “Llévalos a Jesús: Él entiende”. Llegué a la conclusión de que podía porque era omnisciente, pero nunca realmente me satisfizo. ¡Necesitaba a alguien que supiera cómo me sentía porque habían pasado por la misma experiencia que yo! Y a medida que crecí, aprendí que todas mis luchas provenían de mi malvado corazón egoísta y aún hoy necesito el mismo tipo de Amigo. Pero no, Jesús no fue diferente de ti y de mí. También luchó contra los malos pensamientos, simplemente que Él no los apreció como nosotros lo hacemos. Siempre estuvo en guardia y en el instante en que discernió su maldad los rechazó, y así en ningún momento tomaron posesión de Él. Nada menos que esto, Jesús no sería un Salvador.

CAPÍTULO 3

Nuestro único poder es la elección

Lo único que debemos comprender es que hay dos influencias que actúan sobre las mentes de hombres y mujeres: las escrituras los llaman el *Espíritu* y la *carne* (Gálatas 5:17). En cuanto a qué mente este operando la soberanía dentro de nosotros depende totalmente de nuestra elección. Si elegimos habitar en pensamientos pecaminosos (teniendo en cuenta que son cosas de la carne (Romanos 8: 5)), ellos se producirán en la vida. Pero si dedicamos la mente a “ todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre” (Filipenses 4:8), entonces haremos las obras del Espíritu.

El corazón es engañoso y desesperadamente perverso, aun así, la iniquidad no tiene por qué ser emitida, se puede prevenir. De la misma manera en que obedecemos lo incorrecto, podemos obedecer lo correcto: nos llegan pensamientos, sugerencias, deseos, y nos toca elegir si queremos retenerlas o no (Josué 24:15; Romanos 6:19). Realmente simple.

Aunque, no es tan fácil en la práctica. No todavía. Este elemento espiritual en la humanidad no es nada inherente, sino es nuestro solo a través de la gracia de Dios, colocando una “enemistad” sobrenatural dentro de nosotros entre lo bueno y lo malo (Génesis 3:15). Si bien no tenemos el poder para *hacer* el bien, al menos nos dio la libertad de *elegir* el bien.

Cristo no pudo hacer nada por sí mismo

La experiencia de Cristo no fue diferente a la nuestra. Todo lo que Él podía hacer era elegir hacer lo correcto. Tuvo que clamar con “llanto fuerte y lágrimas” (Hebreos 5:7). ¿Por qué? Porque Él vino a mostrarnos la única manera en que podemos obtener las victorias que necesitamos en nuestras vidas. Él dijo: “No puedo

hacer nada por mí mismo”, “No hago nada por mí mismo” (Juan 5:30; 8:28). *Yo no hago Mis propias obras*. ¿No se explica por sí mismo esto? Él dice que no podía. Si lo hubiera hecho, habría fallado en ser nuestro ejemplo perfecto y nuestra salvación se habría perdido. ¿Debemos subestimar el sacrificio que Dios hizo al poner todo el cielo y la eternidad en riesgo para nuestra salvación? Imagina lo cerca que estuvo que todo se cayera en pedazos. Considera la tentación de Cristo en el desierto después de cuarenta días de ayuno y el diablo se le aparece y le dice: “di que estas piedras se conviertan en pan” (Mateo 4:3). ¿Qué tan fácil es para usted comprometerse cuando se está muriendo de hambre y no hay nada más que comer, excepto aquello que viola su conciencia? ¡Nadie miraba, seguramente Cristo podría haber hecho las rocas pan y haber comido, ¿verdad?! Y en el Getsemaní: tres veces su humanidad se redujo del sacrificio. ¿Qué tan dispuestos estamos de asumir la culpa de los demás por algo que nunca hicimos? Cristo, que nunca pecó, gustosamente se sometió a ser culpado por los pecados de todos los que alguna vez vivieron. ¡Gracias a Dios que su amor por ti fue mayor que su amor por sí mismo!

El Padre hizo las obras

Cristo dijo: “No puedo hacer nada por mí mismo”, “El Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14:10). Aquí estaba su salvación, y también la nuestra. Habiendo tomado sobre sí mismo a la humanidad caída, Cristo no pudo producir una vida perfecta por sí mismo. *Pero si Él permitiera* que Dios obrare a través de Él como un medio transparente, entonces su vida podría estar llena de la perfección de Dios. A lo largo de su vida, dijo: “En tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46), el Gran Alfarero pudo moldear la vida de su preciosa arcilla. No fue Cristo, sino el Padre quien hizo las buenas obras en Él.

Las obras de Dios son perfectas

En la oración de confesión de Daniel en nombre de toda la nación de Israel, dijo: “El Señor, nuestro Dios, es justo en todas las obras que Él hace” (Daniel 9:14). En otras palabras, todo lo que

Dios hace es Correcto, Perfecto, Justo, Puro, y Santo. Su corazón es puro y, por lo tanto, todo lo que surge de Él es como el agua de la vida que fluye de su trono. Él es el estándar de la perfección. Nada menos que eso, no es perfección. Él es eterno, y todos los que pasarán la eternidad con Él deben ser santos, así como Él es santo (Mateo 5:48; 1ª Pedro 1:16). Los redimidos caminarán con Él en vestiduras blancas porque son dignos (Apocalipsis 3:4). Amós pregunta: “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Amós 3:3).

Cristo no vivió su propia vida. El Padre vivió su vida por medio de su Hijo. Cuando Él resucitó a los muertos, no fue por su propio poder, sino por el poder de su Padre. Jesús no tenía más poder para resucitar a los muertos y calmar el mar tormentoso que tú o yo. Fue el Padre quien lo hizo. Cristo simplemente dejó que Dios obrase a través de Él.

Cristo fue la expresión visible del Padre

En otro aspecto de la vida de Cristo, vemos la manifestación de su amor hacia la humanidad pecadora. Comió y bebió con publicanos y ramera (Lucas 5:30). A la adúltera, dijo: “Tampoco yo te condeno” (Juan 8:11), y al enfermo de parálisis, “Tus pecados te son perdonados” (Mateo 9:2). Pero esto no fue la manifestación de Cristo, porque Él dijo: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre”; Él vino a revelar al Padre (Mateo 11:27), y el amor que Él manifestó fue el amor del Padre hacia el pecador. Cristo no fue un “intercesor” que protegía al hombre de la ira de Dios. Fue la expresión visible del deseo del corazón del Padre de atraernos a Él una vez más.

La vida de Dios

La vida de Cristo fue una vida que se midió con la vida del Padre, ya que era la vida del Padre mismo. La vida de Cristo fue la vida de Dios. No porque Cristo fuera Dios, recordemos que Él se despojó de su divinidad, sino porque Cristo se hizo humano y como humano dejó que Dios viviera su propia vida a través de Él.

En Cristo todos somos uno (Gálatas 3:28). Como Cristo

estaba en el Padre, así nosotros estamos en Él. Y por medio de Él, estamos en el Padre. Debemos permanecer en Cristo; porque sin Él nada podemos hacer (Juan 15:4). Pero Él por sí mismo nada podía hacer. Sin embargo, si permanecemos en Él, podemos producir buenas obras. ¿Cómo puede ser esto?

Lo que el Padre produjo en la vida de Cristo, lo produjo en nosotros

Cristo estaba en el “seno del Padre” (Juan 1:18). Y si estamos en Él, entonces estaremos en el Padre tal como Él es. Él es uno con nosotros y nosotros somos uno con Él y si Él es uno con el Padre, entonces también somos uno con el Padre. “Para que también ellos sean uno en nosotros” (Juan 17:23). Por lo tanto, todo lo que el Padre produjo en la vida de Cristo, Él lo produjo en nuestras propias vidas. La vida de Cristo fue nuestra propia vida. Considera esto:

Cuando Cristo resucitó, nosotros resucitamos con Él (Oseas 6:2). Ahora mismo nos sentamos en lugares celestiales porque Él es uno con nosotros (Efesios 1:20, 2:6). Sin embargo, Él también está en este mundo “porque como Él es, así estamos nosotros en este mundo” (1ª Juan 4:17). Está tan perfectamente identificado con nosotros que donde Él esta, también estamos allí. Esto no solo es cierto en el tiempo futuro al que se refiere en su promesa: “vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3), sino ahora estamos con Él porque Él dice: “Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

Y ya no vivo yo, más Cristo es quien vive en mi

“Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40). Léelo literal. Lo hicimos a Cristo porque Él es uno con cada individuo. Debemos leer la palabra de Dios como niños. Cristo no solo se hizo “nosotros”, sino que se hizo “yo mismo”. Toda persona en este mundo tiene el derecho

de decir con el apóstol Pablo: “Con Cristo *estoy* juntamente crucificado; más vivo, ya no yo, sino que Cristo vive en *mí*” (Gálatas 2:20).

Ahora, si decimos eso, porque es la verdad del asunto, *si dejamos ir nuestro viejo hombre y dejamos que Dios* obre en nosotros, ¿es solo Cristo quien vive en mí? Es más que eso, es el Padre mismo quien vivió y trabajó en Cristo, y cuando decimos que es Cristo quien vive en mí, podemos decir que es el Padre quien vive en mí. “Si alguno me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos con él morada” (Juan 14:23). Cuando el Padre estaba obrando en Cristo, Él estaba obrando en nosotros, entonces también tenemos una vida que se mide con la vida de Dios, ya que esa vida es la misma vida de Dios.

La vida de Dios sin ser Dios

Pero debe quedar claro que no somos Dios, ni nunca podríamos serlo, porque la mentira más grande de Satanás es que “seremos como dioses” (Génesis 3:5). Sin embargo, nuestra vida será llena con la obra de Dios. Imagina esto. La vida que Cristo vivió es la vida que Dios vivirá en nosotros. Una vida de perfección. Libertad de la culpa de la condenación, ya que Cristo en su muerte cargo con toda esa vergüenza y condenación que nos aflige hoy. Una vida donde la mente divina ha resuelto todos nuestros problemas y lo único que tenemos que hacer es dejar que Él obre esa solución en nosotros. Si Jehová hace las obras en nosotros, entonces Él mismo se encarga de las consecuencias. Si a otros no les gusta lo que Él está haciendo a través de nosotros, eso será una responsabilidad que Él mismo cargará, no está de nosotros cargar con algo que no nos corresponde. Si nos rechazan, no somos nosotros a quienes están rechazando, sino a Él (Lucas 10:16). No tenemos que tomarlo personal. Nuestra única responsabilidad es asegurarnos de que sea Él quien esté haciendo todas las obras en nosotros, y tendremos paz (Isaías 26:12)

Adán en el jardín del Edén pudo haber vivido una vida

perfecta. Sin embargo, nunca pudo haber alcanzado una bendición tan grande como esta; ¡Tener la vida misma de Dios viviendo a través de él! ¿Cómo puede ser posible que alguien que no es Dios pueda vivir la misma vida de Dios? ¡Oh, qué maravilla! ¡Qué revelación, qué privilegio, que paz, que alivio, y alegría!

Amigo mío, te invito a mirar tu vida y confesar ante Dios que la vida que Él te ha dado la has arruinado. Se honesto con Él y contigo mismo, que todo lo que tocas se desintegra y eventualmente se cae en pedazos, y lo que no se cae, es solo un gran engaño. Luego contempla la vida de Dios y entiende su serenidad perfecta que puede ser tuya, si simplemente dejas de tratar de resolver las cosas por ti mismo.

¿Cómo, entonces, puedo obtener esa vida? ¿Cómo lo obtuvo Cristo? Estas son preguntas que ahora vamos a tratar de responder.

CAPÍTULO 4

Cristo nació del Espíritu

Jesús dice, “Permaneced en mí, y Yo en vosotros; porque separados de mi nada podéis hacer”. Pero Él, por sí mismo no pudo hacer nada. Las obras que Él hizo no fueron suyas, sino las obras del Padre. Antes de examinar que significa permanecer en Jesucristo, primero, examinaremos cómo fue que el Padre permaneció en Él.

En primer lugar, debe notarse que hubo una diferencia en su nacimiento en comparación con la nuestra. El ángel dijo a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35).

Pero mientras se hablaba de este Niño como aquel “Santo Ser”, no debe pasarse por alto que Él recibió aporte hereditario de su madre, María. ¿Qué tipo de herencia fue esa? Se muestra claramente en el Antiguo Testamento y se identifica más especialmente en los relatos de los reyes de Israel en los libros de Reyes y Crónicas. Él no recibió nada “santo” de su madre.

Fue la aportación del Espíritu Santo que proveyó su santidad. Tanto en su nacimiento, como en el resto de su vida. Sus propias palabras fueron: “El Padre. . . mora en mí” (Juan 14:10). La morada del Padre fue posible gracias a la presencia del Espíritu Santo. Fue por el Espíritu que el Padre habitó en el seno de su propio Hijo

Esto no era una ventaja sobre el resto de la humanidad, ya que estamos llamados a “nacer de nuevo”, para que también podamos ser “nacidos del Espíritu” (Juan 3:5-8). Cuando hacemos eso, así como el Padre habitó en su Hijo, al nacer de nuevo, el Espíritu “morará en vosotros, y estará en vosotros” y, Jesús dice, que, por medio de esto, “Vendré a vosotros” (Juan 14:17,18.) Pero más que

eso: “Mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos nuestra morada con él” (versículo 21).

Excepto, a que Cristo naciera del Espíritu desde el nacimiento, podía entrar plenamente a nuestra propia experiencia. Y cuando nacemos de nuevo del Espíritu de Dios, también nosotros podemos empezar una nueva vida con un registro limpio, teniendo todos nuestros pecados pasados lavados, para que nos presentemos ante Dios como un hombre nuevo, como alguien que nunca pecó. Pero las palabras “Santo Ser” solo pueden aplicarse a Cristo porque Él es el único que ha vivido una existencia pura y sin pecado.

¿Cómo vivió el Padre su vida en Cristo?

Pero, ¿cómo fue que el Padre vivió su vida a través de su Hijo? Tenemos una pista aquí en Juan 14:31 donde Cristo dice: “Como el Padre me dio el mandamiento, así lo hago”. La palabra “mandamiento” puede ser muy confusa. A menudo leemos la palabra como algo que necesitamos ir y hacer. En breve, llegaremos a una nueva apreciación de lo que realmente significa esta palabra para nosotros.

El Padre le dio a Jesús el “mandamiento” y Él lo hizo. En otra parte de los evangelios, Jesús dice: “No puede el Hijo hacer nada de sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que Él hace, eso también hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que Él hace; y mayores obras que éstas le mostrará, de manera que vosotros os maravilléis” (Juan 5:19,20).

Aquí podemos ver un interesante intercambio de palabras, pero el pensamiento es el mismo. Jesús hizo lo que el Padre le mandó que hiciera; Pero, ¿cómo le mandó? Lo que Él “vio al Padre hacer... esto también hace al Hijo... Porque el Padre... le muestra todo lo que Él hace”. El mismo pensamiento contenido en “dar el mandamiento” está en que el Padre “le muestra”, el resultado fue lo mismo. Las consecuencias fueron la obediencia del Padre en la vida de Cristo

El Poder de Dios está en su Palabra

Encontremos la similitud en este pensamiento. 2ª Corintios 4:6 nos dice: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz”. En Génesis 1:3, leemos que Dios dijo, “Hágase la luz; y fue la luz”. Su palabra produce las cosas por sí misma. Y otra vez en el verso 9: “Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así”. Todo lo que Dios habló, llegó a la existencia. Él dio el mandamiento: “Sea la luz”, y “fue la luz”. Y así fue como sucedió en cada día de la creación.

Isaías 55:10-11 nos dice: “Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”. La palabra de Dios es auto realizadora. Dios habla, y así es. Por eso Dios “no puede mentir” (Tito 1:2).

Cuando Jesús fue tentado por satanás en el desierto, Él respondió a cada una de las sugerencias de Satanás con un: “escrito está”. La palabra de Dios fue su defensa. En Salmos 119:11, Él dice: “En mi corazón he guardados tus dichos, para no pecar contra ti”. Y otra vez en Salmos 17:4: “Por la palabra de tus labios me he guardado de los caminos del destructor”. El Poder de Dios está en su Palabra. Así fue como Cristo Jesús dependió de la palabra de Dios para no pecar.

Efesios 6:17 describe la Palabra como la “espada del Espíritu”, conectando esto con Hebreos 4:12 vemos que es un arma poderosa en la batalla contra el pecado. “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”.

La Palabra obró en Cristo

Como el Padre dio el mandamiento, así Jesús lo hizo. La palabra que el Padre dio, trabajó dentro de Él, el guardar el

mandamiento. Hablando en favor de Jesús en el Salmos 40:7-8, el Salmista escribe: “Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, Y tu ley está en medio de mi corazón”. La ley de Dios estaba dentro del corazón de Jesús, y a través de ella, el Padre trabajó su voluntad en la vida de su Hijo Amado.

Sin fe, no podemos agradecer a Dios. Muchos de nosotros, cuando leemos sus diez mandamientos, leemos como si fueran instrucciones como algo que tenemos que ir y hacer, y si no lo hacemos, entonces somos condenados a muerte. Pero necesitamos hacer esta conexión entre que Dios manda que de las tinieblas brille la luz, y Dios que ordena su Santa Ley en el Sinaí. En Génesis, el mandamiento mismo producía lo que Dios deseaba. Y Dios es “el mismo ayer, hoy, y siempre” (Hebreos 13:8). Su palabra siempre va a obrar si hacemos lo que la creación hizo en el principio - “permitir”.

Díez promesas

2ª Pedro 1:4 nos dice que Dios, “por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fuésemos hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia”. Esto incluye especialmente los diez mandamientos. Para aquellos que poseen una fe genuina, los diez mandamientos dejan de ser una regla arbitraria, y más bien son testigos de la “santa justicia de Dios” que se manifiesta en la vida de “todos aquéllos que creen” (Romanos 3:21,22). Cristo Jesús entendió el poder de la palabra; y se sometió así mismo a la influencia de ella.

En el Antiguo Testamento, el Padre le mostró lo que estaba haciendo. A los creyentes en el aposento alto después de su resurrección, Cristo les dijo: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros, que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos” (Lucas 24:44). En la Ley de Moisés, en los Profetas, y en los Salmos, el Padre había mostrado a su Hijo la obra que haría en Él y en qué momento se cumpliría. A los dos

discípulos quebrantados de corazón en el camino a Emaús, dijo: “y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:27). Todo el antiguo testamento fue una revelación de la vida que el Padre viviría en su propio Hijo cuando Él lo mando aquí a esta tierra. Y mientras Cristo estudiaba la palabra con un corazón receptivo a esa influencia, cuando llegó la plenitud del tiempo, el Padre cumplió su palabra en su Hijo.

En el siguiente capítulo, veremos la fe de Jesús que trajo el cumplimiento de la palabra en su vida.

CAPÍTULO 5

El poder de Dios para salvación

Jesús no “vivió solo de pan, más de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Deuteronomio 8:3). Diariamente se sometía a la obra de la palabra en su vida. Esa palabra fue “el poder de Dios para salvación” (Romanos 1:16). Él sabía que era por el “poder de su palabra” que Dios “sustenta todas las cosas” (Hebreos 1:3), y confió en que si ese poder era capaz de mantener a los mundos en su movimiento ordenado, y de mantener el sol en su curso matutino y vespertino, estaba seguro de confiar plenamente que lo guardaría de caer en pecado.

Pero había algo en particular acerca del creer de Jesús en el poder de Dios. En Santiago 2:19, nos dice que “los demonios también creen, y tiemblan”. Los demonios entienden el poder de Dios. Ellos saben por experiencia de primera mano. Han sido testigos de la creación de muchos mundos. También creen que Dios nos amó tanto que envió a su Hijo unigénito a este mundo. Ellos creen muchas cosas que las escrituras declaran concerniente a Dios. También saben que hay poder en su Palabra para realizar lo que Dios manda. Sin embargo, no son salvos. La razón de su temblor es porque conocen que la palabra que Él declare en juicio en contra de los malhechores se cumplirá. Muchos cristianos hoy creen en el amor de Dios, y que ese Amor envió a su Hijo a morir por ellos. Ellos creen que su palabra es verdadera; que sus promesas son seguras; que la destrucción de la que Él nos advierte es inminente, sin embargo, parece ser que no llegan a vivir una vida tan pura y santa como la del Hijo de Dios. ¿Por qué pasa esto? ¿Qué fue lo especial acerca de la fe de Jesús que trajo a su vida la obediencia de Dios?

Cristo leyó la palabra de Dios como hablando a sí mismo

Simplemente fue esto: leyó la palabra de Dios y la tomó personalmente como hablándole a Él mismo. No tomó ninguna de las Escrituras y dijo: “Oh, eso se refiere a otra persona”. No. Tomó cada palabra y la aplicó a Él personalmente. En resumen, cuando leyó en la palabra de Dios: “Tú eres el hombre”, lo tomó como, ¡eso se dirige a mí!

Cuando Jesucristo estaba colgado en la cruz, clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” En Isaías 59:1-2 nos explica su experiencia. “He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír”. Cristo estaba cumpliendo el dicho de Isaías 53: “... más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (v.6). Bajo esta carga de culpa que Él llevó por nosotros, declara: “más yo soy gusano y no hombre” (Salmos 22:6). “Porque me han rodeado males sin número; me han alcanzado mis maldades, y no puedo levantar la vista. Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me falla” (Salmos 40:12).

Jesús acepto todos los pecados terribles que han sido identificados en las escrituras como suyos, como si fue Él quien los hizo. A cada una de las acusaciones de la palabra de Dios contra los malhechores, Él dijo: “Yo soy ese hombre”.

Él tomó las promesas personalmente

Así mismo, Él clamó las promesas de Dios y las aplicó a su propia experiencia personal. En Salmos 22 se hace el terrible clamor profético: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor? ... Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: se encomendó a Jehová; libbrele Él, Sálvele, puesto que en Él se complacía... Porque perros me han rodeado; Me ha cercado cuadrilla de malignos; Horadaron mis

manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; Entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes” (versos 1,7,8,16-18).

Pero el capítulo 23 es el Salmos del Pastor: “Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; Junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre”. Cristo nunca se desvió de la senda de las buenas-obras, Él, siempre hizo la voluntad de su Padre, y ahora, a pesar de que, no puede ver su rostro reconciliador, Él cree y confía que su Padre es aún su consuelo, su Pastor que lo cuida, y que incluso ahora, sobre la cruz, Él lo está guiando por senda de justicia..

Jesús estaba en el valle de sombra de muerte, y la palabra para Él en ese momento fue, “Aunque ande en valle de sombra de muerte, No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; Tú vara y tu cayado me infundirán aliento”. Él recibió esto como una promesa para sí mismo, de que, a pesar del abismo entre Él y su Padre era tan ancho, tan negro, tan profundo, confío en estas palabras “Tú estás conmigo”. Y dijo, “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; y habiendo dicho esto, expiro” (Lucas 23:46). Él confío en las palabras “Tú estás conmigo” y encomendándose a sí mismo en las manos del Padre, a quien creyó que estaba justo allí a su lado en la oscuridad, entrego su espíritu.

Jesús mismo es declarado como la Palabra de Dios. Y mientras su vida se iba agotando, Él reposó en la promesa de que al tercer día saldría de la tumba glorificado. “Porque no dejarás mi alma en el Seol, Ni permitirás que tu Santo vea corrupción” (Salmos 16:10). Él confío en que Dios cumpliría su palabra.

“Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; Unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, Y en la casa de Jehová moraré por largos días” (Salmos 23:5-6).

Salmos 24, es el Salmos de la Asunción. Versos 7-10: “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, Y alzaos vosotras, puertas eternas, Y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová el

fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla. Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, Y alzaos vosotras, puertas eternas, Y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria”. Amen.

La Fe de Jesús

Cristo recibió las escrituras como hablándole a Él mismo personalmente. Y día tras día, el Padre le desplegó Su voluntad, como pasar de página en página. Desde su primera Pascua en Jerusalén, Él se dio cuenta que Su vida sería dada por los pecados del mundo entero, su entrada triunfal en Jerusalén montado en el pollino, y luego del Getsemaní al Calvario, cada momento de Su vida fue una sumisión a la maravillosa obra de la Palabra de Dios. Él recibió la palabra de Dios y la aplicó personalmente a Él.

Tal fe en la palabra trajo la obediencia perfecta de Dios. Esta es la fe de Jesús.

CAPÍTULO 6

El mismo privilegio se nos ofrece

Cristo no vivió su propia vida. Más bien, Él se rindió momento tras momento a la vida del Padre. No fue Cristo quien se manifestó a la humanidad, sino el Padre mismo. Cristo se despojó de sí mismo, Él “se humilló a sí mismo” (Filipenses 2:8) - y fue el Padre quien hizo las obras en Él.

No hay nada que podamos hacer por nosotros mismos que nos haga merecer la vida eterna. Todo cuanto podamos hacer está manchado por el pecado. No importa cuán perfecta sea nuestra imitación del propio carácter de Dios como se ejemplifica en los Diez Mandamientos, la verdad es que todas nuestras “buenas obras son trapos inmundos” (Isaías 64:6). Por lo tanto, Dios nos está ofreciendo el mismo privilegio, es decir, que el Padre mismo viva su propia vida a través de nosotros.

Cristo es nuestro ejemplo

Cristo participó de nuestra propia condición y situación. Él mismo dice: “No puedo yo hacer nada por mí mismo” (Juan 5:30). Habiéndose vaciado de sí mismo, y hecho semejante a los hombres, Él hace esta declaración a nuestro favor, “No podemos hacer nada bueno por nosotros mismos”. Este es el punto principal donde nuestra experiencia personal con Cristo Jesús comienza. Deberíamos hacer la misma confesión. Cristo fue bautizado, no por sus pecados, porque no tuvo ninguno, pero para ser un ejemplo de justicia para nosotros; para demostrar que debemos comenzar nuestra vida nueva en Él, despojándonos de la vieja vida por la confesión de que “no puedo hacer” y “no tengo” nada bueno en mí. El reconocimiento de nuestra condición deberá ser sincero, no sólo de labios para fuera, sino tiene que brotar de un corazón miserable por el pecado y aceptar que hemos hecho todo

malo y en vano en nuestra vida. “Si Jehová no edificare la casa; en vano trabajan los que la edifican” (Salmos 127:1).

Un espíritu quebrantado y un corazón contrito y humillado es el propio sacrificio de Dios

Con demasiada frecuencia hemos tomado las cosas en nuestras propias manos y no esperamos a que Dios trabaje a través de nosotros. Somos como el rey Saúl, nos impacientamos y realizamos el sacrificio nosotros mismos. ¿Cuántas veces pensamos que es nuestro propio espíritu quebrantado y nuestro corazón contrito que Dios no despreciará? (Salmo 51:17). Pero no, eso no es lo que la Escritura se refiere. De hecho, Él no despreciará el espíritu quebrantado y el corazón contrito y humillado, ya que Él dice: “El cielo es mi trono y la tierra estrado de mis pies..., Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová; pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Isaías 66:1,2). El espíritu quebrantado y el corazón contrito y humillado que Él no despreciará es *su propio sacrificio*, “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salm. 51:17), y esto Él ya lo suplió en su Hijo. Este es el sacrificio que Él no despreciará, y sólo cuando compartimos con Cristo Jesús en *sus* sufrimientos, confesando nuestra absoluta incapacidad de hacer algo correcto sin que el Padre lo haga por y en nosotros, entonces y solamente entonces tendremos la aprobación de Dios.

Lo que brota del corazón de Dios

Es su Hijo quien obedeció toda su vida. El resto de nosotros estamos destituidos de la gloria de Dios. Nuestra salvación es solamente a través de Cristo. Pero solo cuando estemos buscando constantemente nuestra salvación en Él, la encontraremos. Nuestro sentido de desesperación tiene que ser tan grande, como si ya estamos muriendo, que nos dará miedo seguir dependiendo de nosotros mismos; y día tras día, momento tras momento, gemiremos: “Señor tu haz lo bueno en mí, porque yo no puedo”.

El Padre produjo su propia vida en su Hijo a través de la obra de la palabra dentro de Él. Al principio, cuando Dios habló, la palabra hablada fue producto de su propio corazón. “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí, que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31). Dentro y fuera del corazón están los asuntos de la vida. El corazón de Dios es puro, santo y bueno, y lo que Él habló a la existencia en el principio de la creación fue exactamente eso. La palabra de Dios produjo lo mismo que Él habló, lo bueno (Gén. 1:31).

Cuando Cristo Jesús estaba en el camino a Emaús, Él declaró a los dos discípulos “en todas las escrituras las cosas concernientes a sí mismo” (Lucas 24:27). Todo el antiguo testamento fue una revelación de la vida de Cristo. Pero esa vida que Él vivió fue la vida del Padre.

La sangre y carne de Cristo

La noche antes de la crucifixión, Cristo instituyó el servicio de ordenanza del pan y el vino. Probablemente, desconocido para ellos, Cristo había tratado de ayudar a sus discípulos a comprender el significado de esto en su conversación con la gente el día después de la alimentación de los cinco mil (Juan 6). Les había declarado que la vida eterna solo podía ganarse bebiendo su sangre y comiendo su carne. Los escritos de Moisés les habían prohibido comer sangre, y se sintieron repulsados e indignados en pensar que eso sería un acto de canibalismo.

Cristo procedió a clarificar lo que Él había hablado, para aquellos que estaban discerniendo espiritualmente Él les afirmó que las palabras que habló fueron las que les darían vida. La gente debía recibir sus palabras y asimilarlas a sus experiencias. Él no estaba hablando de su carne y sangre literal.

Mientras gran parte del mundo cristiano reconoce la sangre de Cristo que “nos limpia de todo pecado” (1ª Juan 1:7), ellos lo ven solamente como derramado sobre la cruz en el Calvario: la muerte de la víctima para el sacrificio por los pecados de todo el mundo. Sin embargo, “la vida está en la sangre” (Levítico 17:11). Cuando las escrituras hablan de la sangre de Cristo, no se refiere

simplemente a su muerte.

Mientras que la muerte de Cristo en la cruz nos reconcilia con Dios, es *su vida* la que nos salva (Romanos 5:10). Y esta vida es la que estaba en la sangre. Al participar de la *vida* de Cristo, es como seremos salvos. Cuando somos crucificados con Cristo, nuestros pecados pasados son lavados. Es el pecado lo que nos separa de Dios. Cuando todo ese pecado es quitado de nosotros, no hay nada más que nos separe de Dios y somos reconciliados con Él (Romanos 5:10). Sin embargo, esto solo cuenta con el pecado que ha sido cometido. ¿Qué hay con la posibilidad de volverlo a cometer? Ese es el trato, que por la vida de Cristo seremos salvos, y mientras continuemos recibiendo su vida, estaremos recibiendo la misma victoria sobre la tentación y la tendencia hacia el mal, que Él venció.

La Palabra es Vida

Un pensamiento muy importante para conectar lo anterior, Cristo declaró: “las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63). Él dijo, “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). La Palabra misma es vivificante porque “por la palabra del SEÑOR fueron hechos los cielos. . . Porque Él habló, y fue hecho; Él mandó, y existió (Salmo 33:6,9). “Y dijo Dios, sea la luz: y fue la luz” (Génesis 1:3). Por lo tanto, la vida de Cristo está en la Palabra, y cuando recibimos la Palabra y su poder para que trabaje en nosotros, estaremos recibiendo la vida misma de Cristo. Pero más que eso, así como el Padre trabajó en Él a través de la Palabra, así también obrará en nosotros, ya que esa Palabra fue la misma vida del Padre.

La misma sujeción que Cristo mostró al Padre cuando camino en esta tierra –como cuando llevó a los Israelitas al desierto y habló con y por medio de los profetas– es manifestado en el antiguo testamento. Él declaró a cerca de sí mismo “que ya existía desde la eternidad” (Juan 8:58), Él dijo, “El Señor Dios, y su Espíritu me han mandado” (Isa. 61:1). Cristo mismo es el Verbo Juan 1, sin embargo, incluso en el Antiguo Testamento, el Hijo no habló por

sí mismo, sino que expresaba los propios pensamientos del Padre. Por lo tanto, es la vida del Padre que se manifiesta en el Antiguo Testamento y esta es la vida que Él vivió en Cristo. ¡Qué amor tiene Cristo por nosotros para que Él se humillara a sí mismo y quedara subordinado a Aquél que era Su igual en todas las cosas!

Basándonos en este fundamento de la verdad, cuando estudiemos las escrituras del antiguo y del nuevo testamento, estaremos leyendo la vida de Cristo, que es la de Dios. Esa misma vida debemos hacerla nuestra propia, ingerirla y asimilarla. Pero, ¿cómo hacemos eso?

CAPÍTULO 7

Leyéndonos en la palabra

Quando leemos la Biblia, debemos ver que todas las Escrituras están hablando de Cristo. El Antiguo Testamento es una revelación de lo que el Padre *trabajaría* en Él, y el Nuevo Testamento revela lo que el Padre *trabajó* en Él, pero no solo en Él, sino también en las vidas de todos aquellos que recibieron estas verdades, como el Apóstol Pablo. Nosotros también debemos leer las Escrituras que hablan de nosotros mismos. Todas las advertencias y todas las promesas en las Escrituras son para nosotros. <Pero solo me benefician cuando me leo en los relatos bíblicos, cuando las aplico como dirigiéndose directamente a mí>.

Permíteme ilustrar esto: María la prostituta fue arrojada hasta los pies de Jesús para ser condenada. Mas, sin embargo, Jesús le dijo: “Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:11). Si bien hay una gran cantidad de esperanza para nosotros en esta revelación del amor del Padre por nosotros al no condenarnos por nuestros pecados, la bendición de esta historia solo se recibe a medias. Al leer la Palabra de Dios en un sentido literal, vemos que esta promesa se aplica especialmente para aquellos que son culpables de prostitución y adulterio. ¿No es verdad que aquellos cuyas vidas contienen tales historias encuentran el mayor consuelo en estas palabras “Ni yo te condeno”? Y ese consuelo y alivio está disponible para cada uno de nosotros, porque nadie es mejor que nadie. Excepto, sino no fuera por el Espíritu Santo que nos retiene, ¿cuántos de nosotros seríamos culpables de los mismos pecados que los fariseos condenaron? La Biblia dice, que las obras *de* la carne (singular) son manifiestas. .

Esto significa que todos tenemos el mismo potencial. Ciertas tendencias pecaminosas son más fuertes en algunos que en otros, ya que dependen de nuestra genética y hábitos cultivados, pero es la misma propensión que reside en todos nosotros. Y puede

que no necesariamente tome mucho para que salga a la superficie. Cuando estemos dispuestos a reconocer esto y confesar que somos el principal de los pecadores (1ª Timoteo 1:15), entonces no nos avergonzaremos de contar todas las experiencias en las Escrituras como nuestras. Sí, más bien, incluso estimaremos a todos los demás, incluso al más vil pecador, mejor que a nosotros (Filipenses 2:3). Pero el punto en cuestión es el siguiente: así como el profeta Natán se acercó a David diciendo: “Tú eres el hombre” (2º Samuel 12:7), haremos la misma confesión de David y diremos: “Yo soy el hombre”. Nos consideraremos culpables de asesinato y adulterio.

Confesaré que esto es algo difícil de hacer, ya que experimento la dificultad en mí mismo, pero cuando hago esto, la promesa es segura y mía es. Cristo le dice al adúltero: “Tampoco yo te condeno. Ve y no peques más”. Y por el asesinato de David, la promesa también es mía: “Jehová ha remitido tu pecado; no morirás” (2º Samuel 12:13). Dios es muy específico, y cuando tratamos con Él, también debemos ser específicos.

Pero algunos pueden decir: “No soy culpable de asesinato”. ¿Alguna vez te has enfadado con un familiar o un amigo, vecino, etc.? Cristo declara que esto es homicidio (Mateo 5:21-22), porque la verdad del asunto es que, si tuvieras la oportunidad, los habrías eliminado de este mundo. Tal vez puedes decir: “No he cometido adulterio”. ¿Alguna vez ha mirado a una mujer o un hombre y la has deseado en tu carne? (Ver Mateo 5:28). Sé que puede haber algunos que dirán: “¡Nunca he hecho estas cosas en toda mi vida!”. Entonces usted, especialmente usted, tienes que ser contado como culpable, como cada pecador en la Biblia, no hay excepciones.

Nunca trates de ocultar tus pecados de Dios

Nunca debemos avergonzarnos de confesar nuestros pecados a Dios, aunque solo hayan permanecido en la esfera de nuestros pensamientos, porque Él ya los conoce a todos. No hay nada que podamos ocultar de Él. De hecho, existe un gran alivio al confesar nuestros pecados y reconocer nuestros errores. Si Dios ya sabe

todo lo que hemos hecho, entonces, ¿por qué tratar de ocultárselo a Él y llevar innecesariamente el sentido de la culpa en nuestra conciencia? ¿Por qué no solo decir, “¡Señor, lo siento! ¡He pecado contra ti!?” Si hacemos eso, toda la carga se cae de nuestros hombros, todo. Porque cuando el Espíritu de Dios nos convence de algo pecaminoso y confesamos que así es, nuestros pecados se van, Él se los lleva. Porque confesar es reconocer lo mismo: “es pecado” - es estar en armonía total con Dios - y “si confesamos nuestros pecados, Él es Fiel y Justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1ª Juan 1:9).

Cristo tomó sobre Él la culpa de todos nuestros pecados y los confesó, aunque Él nunca los cometió

Jesucristo mismo confesó cada pecado que cometieron todos los hombres y mujeres que alguna vez vivieron. ¡Y Él no fue culpable de uno solo! El salmista revela lo que pasaba por la mente de Cristo cuando colgaba sobre la cruz. Él dice: “Mis pecados son más que los cabellos de mi cabeza” y, “Mis pecados no te son ocultos” (Salmos 40:12, 69:5). Cristo contó *todos los pecados* como suyos. Se identificó perfectamente unido a nosotros que cada acto que hemos cometido por más terrible y asqueroso que sea, Él sufrió gustosamente la *culpa* de esos pecados. “Jehová ha puesto sobre mí la iniquidad de todos”. El clamor que fue arrancado de los labios de Cristo, “Dios mío, Dios mío, ¿porque me has desamparado”? (Salmos 22:1, Mateo 27:46). Eso es un testimonio grandioso de la verdadera realidad de la carga de culpa que Cristo llevó.

Porque en Isaías dice: “... vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59:2). Además, Cristo dice en los Salmos: “¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor”? (Salmos 22:1), fue por causa de nuestros propios pecados que fueron hechos para ser suyos. Realmente se hicieron suyos y Cristo literalmente llevó el castigo por cada pecado que se haya cometido. Él no murió por Sus heridas, sino de un corazón roto y destrozado por el peso de nuestros pecados que lo separaron de Su Padre.

También debemos confesar todo

Eso también puede ser nuestra experiencia. Porque debemos de ser “crucificado con Cristo” y sepultado con El “en semejanza de muerte” (Gálatas 2:20, Romanos 6:5). Ese es el espíritu quebrantado y el corazón contrito y humillado que Dios no despreciará. Es el corazón roto de un pecador, que será como el ladrón en la cruz al lado de Cristo diciendo: “Señor, acuérdate de mí”. El ladrón miró su vida y pudo ver en su experiencia presente un resultado desesperado. Cristo miró su propia vida, y vio a toda la humanidad que había reunido en su seno y pudo ver aquello que destruye el alma. También debemos mirar nuestras vidas, reconocer y confesar que “en mi... no mora el bien”, “no hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:12; 7:18), que merezco la destrucción eterna, y todo el fuego del infierno, aun así, ardiera para siempre, nunca podría ser castigado de acuerdo con mi culpa.

El “Tiempo Aceptable”

Pero Cristo supo el momento en que el alma humana es más “aceptable” para Dios, porque lo había experimentado durante su ministerio. En el fondo del pozo de la vida, el peso de los pecados del mundo entero pesaba sobre Él, sintiéndose como “un gusano y no hombre” (Salmos 22:6), y que sus pecados eran más pesados que los cabellos de su cabeza, por eso no podía mirar hacia arriba (Salmos 40:12). Él clama desde su corazón, “Mas yo a ti elevo mi oración, oh Jehová, en *tiempo aceptable*; oh Dios, por la multitud de tu misericordia, por la verdad de tu salvación, escúchame” (Salmos 69:13).

En Isaías 49:7-8, leemos la respuesta del corazón del Padre en ese tiempo. “Así ha dicho Jehová, ... al menospreciado de alma, al abominado de las naciones... En *tiempo aceptable* te oí, y en el día de salvación te ayude; y te guardaré; y te daré por pacto al pueblo”. Es cuando caemos todos quebrantados al pie de la cruz sobre la cual Cristo está colgado, que somos aceptados ante los ojos de Dios. Él sabe que no podemos vivir una vida correcta. Dios sabe

que sólo hacemos un lío de todo y que todo lo que tocamos eventualmente se derrumbará. Él está esperando que admitamos esto, que seamos honestos y que le digamos cuánto lamentamos haber intentado resolver las cosas por nosotros mismos.

Y al contemplar a Cristo en la cruz, que lleva nuestra culpa, sufriendo la penalidad de nuestros pecados que hemos cometido, al ver que Él recibe voluntariamente este castigo en nuestro nombre por nuestro propio bien, nuestra propia gloria es derrumbada hasta el polvo. Conociendo el amor de Dios por el pecador que confiesa su culpa, podemos ver el Padre justo allí junto a la cruz, y Jesús con confianza total dice: “en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). Sabía que Dios recibiría un espíritu quebrantado y un corazón contrito, porque era su propio sacrificio, e inclinó su cabeza sobre su pecho y entregó su espíritu. Para que nosotros también podamos descansar en el mismo amor (la misma vida de Él es nuestra) y echar nuestros propios corazones rotos ante el Padre, clamando: “En tus manos encomiendo mi espíritu”. Y la paz que Jesús tuvo mientras descanso en la tumba será nuestra también. Ese es el principio de nuestra salvación. Y el Alfa es también Omega (Apocalipsis 21:6).

Cada día muero

En las palabras del apóstol Pablo: “cada día muero” (1ª Corintios 15:31), está la descripción de la nueva vida en Cristo. Si morimos con Él, entonces resucitaremos con Él. Así como Él tomó nuestra vida pecaminosa sobre sí mismo y lo llevó a la tumba eterna, a cambio de ella nos da su propia vida. Y, ¿Cómo fue su vida? Una vida llena de la obra del Padre, aceptable tanto para Dios como para la ley. Por lo tanto, nuestra propia vida será llena con la obra del Padre y estará libre de culpa y condena.

Cristo recibió la palabra como hablando de sí mismo. Y a través de Cristo debemos hacer lo mismo si queremos poseer el mismo fruto en nuestras propias vidas.

CAPÍTULO 8

Cristo se hizo uno con cada persona

Toda la escritura nos habla de Cristo, pero, también hablan de nosotros. ¿Cómo puede ser eso posible? Ya que no somos Dios, tampoco somos la Palabra de Dios. Cristo fue la Palabra, y “la Palabra era con Dios y la Palabra era Dios... Y sin Él nada de los que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:1-3). Nosotros, por otro lado, somos simples mortales dignos de la condenación eterna. Sin embargo, esa Palabra fue “hecha carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:14). Sí, más que entre nosotros, porque Cristo dice que Él se ha unido con nosotros y que cualquier cosa que hagamos a otros lo hacemos a Él (Mateo 25:40). Ese “entre” no solo se refiere a una experiencia externa, sino también una experiencia interna. Cristo declaró que todo lo que hagamos al más pequeño de estos sus hermanos (y Él llamó a todos los hombres sus hermanos (Hebreos 2:17)), lo hacemos a Él. ¿Cómo puede ser esto? Solo si se ha hecho uno con el individuo.

Vemos también en Hebreos que Cristo fue hecho en todas las cosas semejante sus hermanos, “todas las cosas” no excluye nada. Él es idéntico a nosotros mismos. Solo si Él está en todas las cosas como nosotros somos, puede ser tocado con nuestras flaquezas con el sentimiento de nuestras enfermedades y ser tentado en todas las cosas, tal como somos. Y cuando cada uno de nosotros somos tentados, nuestras tentaciones son diferentes, de manera que Cristo es tentado en manera personal e individual con nosotros.

Excepto a que Cristo se convirtiera nosotros mismos, no podría salvarnos

Aplicar este pensamiento a las experiencias de la vida es comer la carne de Cristo y beber su sangre. Cristo se hizo uno con cada persona, por lo tanto, tiene todo el derecho de reclamar

la culpa de cada individuo y presentarse ante la ley de Dios por haber cometido la transgresión. La ley de Dios no permitirá un sustituto. De hecho, la ley de la tierra no lo haría, y la ley de Dios es “santa, justa y buena” (Romanos 7:12). Por lo tanto, para que Cristo tomará todos los pecados del mundo sobre sí mismo, era necesario convertirse en cada pecador. Y, por lo tanto, Cristo es uno contigo y conmigo, personalmente e individualmente, íntimamente, perfectamente unido a mí, en una peculiar relación.

De otra manera, ¿cómo podría entender mi tentación hoy? Y, ¿cómo podría hacer sacrificio/reparación por mis pecados delante de Dios, sino es apelando su propia vida en mi lugar ante una ley que requiere perfecta obediencia del individuo en específico? ¿Cómo pudo hacer todo eso dos mil años atrás cuando caminó en esta tierra? Solo al unir su vida con nosotros de manera individual, tan perfectamente identificados con nuestras mismas luchas, miserias y sufrimientos, fue como pudo socorrernos, que cuando la ley lo viera a Él, nos viera a nosotros. Solo al convertirse en nosotros mismos y llevarnos en sus espaldas al enfrentar el peso de la ira que es contra la transgresión, es como pudo realmente salvarnos. Si queremos vivir eternamente, debemos poseer una vida perfecta, específicamente la nuestra, que pueda ser presentada delante de la ley y sus requerimientos. Una perfecta existencia empezando desde el nacimiento hasta el último día, porque la paga del pecado es la muerte y si hay algún rastro de pecado en nuestras vidas, moriremos una muerte eterna.

Cuando Cristo murió nosotros morimos con Él

Cristo murió esa muerte eterna por nosotros. Sin embargo, como Él era uno con nosotros, cuando murió, nosotros morimos con Él. Y esta experiencia de muerte debe ser una experiencia diaria, momento tras momento. Si hacemos eso, entonces la vida que Cristo vive será nuestra propia vida y cuando leamos de Cristo en las Escrituras, nos daremos cuenta que realmente estamos leyendo de nosotros mismos. El apóstol Pablo declaró eso en estas maravillosas palabras: “Con Cristo estoy juntamente

crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Cristo se hizo yo mismo

La misma vida que Cristo vivió será mía. Pues efectivamente, Él se identificó perfectamente conmigo. Lo que el Padre trabajó en Él, lo trabajó en mí y en ti. Dos mil años atrás es una mini exhibición de la vida que Cristo vivió para todos y cada uno de nosotros. Sí, su vida estuvo llena de mucho sufrimiento y nos ha hecho partícipes de ellos, pero también así seremos participantes de su gozo. Además, sus sufrimientos fueron solo para la salvación del hombre y para glorificar a Dios en el cielo. Esas son razones verdaderamente dignas para sufrir, y lo que experimentaremos no será nada comparado con el peso de gloria eterna que nos espera (2ª Corintios 4:17). Aún en medio de todo Jesús tuvo paz, y Él promete que esa misma paz será nuestra, una paz que sobrepasa a todo entendimiento (Filipenses 4:7).

¿Cómo podemos tener paz en un mundo de tantos pecados? Aaaah, porque ya no somos nosotros viviendo. Los afanes de este mundo ya no nos abruman más, porque es Dios quien “cuida de ti” (1ª Pedro 5:7). No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comemos, o qué beberemos, o qué vestiremos?; porque Dios sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas y Él mismo os proveerá, “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:31-33).

El Espíritu Santo nos mostrará nuestra vida futura

Cuando los problemas vengan sobre nosotros, y ten por seguro que vendrán. La oración de Cristo fue: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (Juan 17:15), no estamos solos. El Espíritu Santo tomará lo que le pertenece a Jesús y nos lo mostrará (que también es nuestro) (Juan 16:13-15). Él nos mostrará a Cristo muriendo en la cruz como consecuencia de nuestros pecados, y dolorosamente identificará las cosas de

nuestro corazón que lo llevaron hasta esa cruz. Pero más aún, Él traerá convicción a nuestra mente, que esa es nuestra vida, y que estamos muriendo junto a Cristo por nuestros pecados, Ezequiel 18:4. Él nos mostrará la vida perfecta que Cristo vivió en nuestro lugar y que ahora ofrece dar gratuitamente a todos y cada uno de nosotros. Si rechazamos ese preciosísimo y más grande regalo, y no nos aferramos a Él con una mano débil y desesperada, no nos salvaremos. Él permitirá juicio y calamidades en nuestra vida para atraernos a Él y así prevenir llegar hasta el borde de perderlo completamente (Juan 16:7-8).

También nos mostrará cosas por venir (Juan 16:13). Él nos mostrará lo que nos depara el futuro; “es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22), “y todos los que viven la vida piadosa de Cristo Jesús sufrirán persecución” (2ª Timoteo 3:12). Pero es importante señalar que cuando Él nos muestre a Jesús, nos está mostrando lo que ha de venir en un futuro muy pronto. Eso es porque la vida de Cristo es mi propia vida. Y lo que Dios estaba obrando en Él, lo estaba obrando en ti y en mí. Porque lo que Dios hizo por Jesús, lo hizo por ti y por mí. Todo lo que necesito hacer es *permitir* que eso sea mi realidad hoy.

Cristo prometió que los fieles serían llevados ante reyes y cortes y tendrán que testificar por su fe (Mateo 10:17-18). ¿No fue esa también su experiencia? Él estuvo de pie firmemente y sin fisuras ante Anás, Caifás y Pilato, como tú y como yo. Cuando Él hizo eso, lo estaba haciendo por nosotros. Y cuando pasemos por esa misma experiencia, sólo estaremos reviviendo la misma vida que Cristo ya vivió, también estaremos parados firmemente y sin fisuras delante de reyes, sacerdotes y gobernantes.

Cristo reposó en el amor de su Padre durante la tormenta y así podemos también

Una de mis historias favoritas es cuando Cristo está durmiendo en la popa de la barca en el mar tempestuoso. ¡Oh, cómo la vida es así a veces, en verdad, más veces de las que esperamos! Sin embargo, Cristo estaba en paz, mientras que todos a su alrededor

estaban en apuros (Luc. 8:23-25). Los discípulos hicieron todo lo que pudieron con sus propias fuerzas para salvarse, sin embargo, todos sus esfuerzos no sirvieron de nada.

Cristo, por otro lado, descansó en el amor del Padre. Sabía “que los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28) y aquella noche todo tenía un propósito, y esperó en silenciosa sumisión, hasta que Dios mismos trajera salvación a sus vidas.

Verdaderamente, la paciencia de Cristo causó un gran sufrimiento a los discípulos, pero si también ellos hubieran descansado al cuidado del Padre, habrían sido como el apóstol Pablo en su camino a Roma, quien, aunque naufragó, no temió por su vida, sino que aceptó todo lo que la Providencia le permitiría sufrir para su propia salvación y la salvación de los demás. No fue Cristo, sino el Padre quien calmó el mar aquella noche de luna llena. Y fue la vida pacífica de Cristo que Pablo recibió, y que habló las palabras de fe y aliento, en esa terrible noche que salvó la vida de todos. (Véase Hechos 27 para la historia de Pablo).

Creer es recibir la vida de Cristo como mía propia

Creer es recibir. Si realmente creemos en la maravillosa verdad de que la vida que Cristo vivió es mi propia vida, y que cuando leo de Él estoy leyendo de mí mismo, entonces recibiré esa vida y será mía en un sentido muy práctico. Y así como Dios obró en Él por la palabra, así producirá la misma vida en nosotros. Y la experiencia de Cristo será mía y así nuestras vidas serán una sola, sin pecado y sin mancha. Limpia, pura y perfecta.

CAPÍTULO 9

El creer de Abraham

El significado original de la palabra *creer* implica sumisión. Creer es recibir, pero recibir ¿qué? Recibir la influencia de la vida de Cristo como Aquél a quien nos sometemos. La palabra del antiguo testamento para creer es <amén>, que simplemente significa: “así sea”. Esa fue la clase de creer que Abraham tuvo. Él creyó a Dios y eso le fue contado por justicia. Eso no se aplica, solo en el sentido de una transacción legal, como en la *justificación*, sino en la realidad práctica. Abraham cedió a la promesa de Dios, al poder que estaba en su palabra, y, por lo tanto, sus obras fueron testigos del tipo de creer que tuvo.

El verdadero creer es ceder y confiar en la palabra de Dios para hacer exactamente lo que dice. Si Dios declaró a Abraham como justo, esto debió significar que las mismas obras de Abraham vinieron de Dios. Y, por lo tanto, Abraham no pudo haber estado en ninguna manera diferente al que el mundo cristiano se encuentra hoy, ya que su creer fue idéntico a la que la nuestra debe ser hoy.

Abraham fue declarado el “Amigo de Dios” (Santiago 2:23). ¿Cómo fue eso? Amós 3:3 proporciona la respuesta simple: “¿andarán dos juntos, sino estuvieran de acuerdo?”. Abraham y Dios estaban completamente de acuerdo. Nuestra relación con Dios debería ser como la de Abraham. Lo que Dios dijo a Abraham, él estuvo de acuerdo, y dijo “¡Amén!”, permitió que así fuera. Y así sus vidas estuvieron en perfecta armonía porque eran la misma vida.

La promesa del hijo no vendría hasta que Abraham por medio de fe recibiera la palabra de Dios

Tristemente hubo un momento en que él no dijo “Amén” y

quiso cumplir la promesa de Dios con sus propias fuerzas. Por un momento, su fe falló y trató de resolver el problema por sí mismo. Tal vez si no fuera por la fe débil de su esposa, él podría haber soportado, pero cediendo a la tentación, tomó las cosas en sus propias manos. Estaba envejeciendo y su anciana esposa no podía tener hijos. Sin embargo, Dios había prometido que tendría un heredero. Olvidando el poder de Dios, siguió los consejos de su esposa y conoció con su criada Agar. (Génesis 16).

Agar quedó embarazada y un hijo nació. Sin embargo, Dios volvió a visitar a Abraham diciendo que tendría un hijo con su esposa, Sara. Ella al escuchar esto, se rio porque ahora eran mucho más viejos que cuando les fue dada la promesa por primera vez. Y aceptando el reproche de Cristo con un espíritu humilde, ella creyó y el hijo de Abraham nació al año siguiente.

La prueba de la fe de Abraham es la misma para nosotros hoy. No fue el nacimiento de un heredero lo que le preocupaba, aunque esto también era muy importante para su corazón. Lo que más deseaba era el perdón por sus pecados y la paz con Dios a través del sacrificio de Cristo. Y sabía que solo podía ser posible si su propia vida se uniera a ser una con la vida de Cristo. Sin embargo, Cristo todavía no había tomado sobre sí la humanidad, la promesa que la Simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente aún no se había cumplido y Abraham era uno de una larga lista de patriarcas que esperaban que, a través de su propia posteridad, Jesús el Cristo, la simiente de la mujer, naciera

La promesa a Abraham fue que “en ti serán bendita todas las naciones de la tierra”, vendría a través de su propia posteridad. Si Abraham no hubiera concebido el hijo de la promesa, entonces Cristo no podría nacer. Por supuesto, la palabra que había salido de la boca de Dios no regresaría a Él vacía, pero tenía que esperar en el creer de Abraham, o de lo contrario trabajaría de otra manera y Abraham sería privado de esa gran bendición. Abraham había recibido esa promesa personalmente y consideró que, si no tenía hijo, entonces no tenía Redentor. Esa fue la fuerza motivadora de sus acciones.

Abraham al principio creyó con todo su corazón y le fue con-

tado por justicia. Pero su estadía en el idólatra Egipto parece haber debilitado su fe y la fe de su esposa. Su matrimonio con Agar solo trajo desprecio y angustia a su hogar, y Abraham y Sara lamentaron enormemente sus acciones. Vieron que al intentar salvarse a sí mismos, solo habían arruinado las cosas, y al parecer empeoraron las cosas y la promesa fue casi imposible; porque ahora eran mucho más viejos.

Cristo se encontró con Abraham como a sí mismo

Dios no abandonó a Abraham en sus angustias. Él recibió la confesión del esposo y la esposa y los visitó para renovar su promesa. Su manera de visitarlos fue de suma importancia, y para nosotros también lo es hoy. La fe de Abraham fue puesta sobre un Redentor que podía abogar en su favor ante una ley perfecta. Él sabía que, solo Cristo siendo la simiente de la mujer [la fuente del pecado, porque ella fue la primera en la transgresión], podía ser su Salvador. Abraham también se vio a sí mismo como una fuente del pecado, porque sabía que no había nada bueno en su vida que pudiera hacer y que cada vez que intentaba resolver las cosas, solo las empeoraba.

Cristo conocía los pensamientos de su alma que lo mantenían tan dócil y humilde, pero fuerte en el poder de Dios y en el momento de repetir la promesa, lo consoló con la evidencia de que la promesa se cumpliría.

Un día cálido, tres extraños se acercaron a la tienda de Abraham, y como era su costumbre, corrió a encontrarlos, los invitó a su hogar para tomar algo refrescante. Cristo mismo estaba entre los tres extraños. Sin embargo, ¿cómo se le apareció a Abraham? En la forma de un viajero humilde, cansado y polvoriento de sus viajes. Abraham mismo nunca asentó un pie en su herencia, siempre fue un peregrino en la tierra. Cristo se le apareció siendo un peregrino, uno con él en su misma experiencia en su vida.

Esto era evidencia de que la promesa se cumpliría y Cristo nacería de una mujer. Especialmente fue evidencia de que Abraham era uno con su Redentor, porque el gran YO SOY es

también “el Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo” (Apocalipsis 13:8). La fe de Abraham se fortaleció, Isaac nació y cuando se le pidió que lo ofreciera en sacrificio, no vacilo, sino que creyó que Dios lo resucitaría nuevamente (Hebreos 11:19), sin duda sabía que el YO SOY nacería del linaje de Isaac y Él sería uno con toda la humanidad.

Cristo se encontró con Josué como a sí mismo

La Biblia proporciona otra evidencia de la perfecta identificación de Cristo con cada uno de nosotros. Cuando el sucesor de Moisés, Josué, cruzo el Jordán, vio los grandes muros de Jericó y se preguntó cómo podrían vencer a sus enemigos. Como capitán de la gran hueste de los israelitas, una pesada carga de fe cargaba sobre su hombre. Apartándose del campamento para buscar al Señor, un gran Guerrero se le acercó con una espada en la mano.

Y preguntándole si estaba con ellos o contra ellos, el extraño Guerrero, quien era Cristo mismo, contesto: “Yo Soy el Príncipe del ejército de Jehová...” (Josué 5:14). Vemos una vez más, como Cristo se encuentra con el individuo desesperado como uno consigo mismo. Josué había sido un poderoso guerrero y había ganado muchas batallas bajo la guía de Moisés. Y ahora asumió su papel como Príncipe del ejército de Jehová. Cristo se encontró con él como con sí mismo.

Cristo compartió esta misma experiencia con Sadrac, Mesac, y Abed-nego

Sobre la llanura de Dura en la provincia de Babilonia, el rey Nabucodonosor erigió una gran estatua dorada y ordenó que todos los representantes de su vasto reino se inclinaran y la adorasen. Entre ellos estaban tres amigos que rechazaron la orden y estos fueron reportados al rey. Estos hombres fueron llevados ante él y Nabucodonosor enfurecido les ofreció otra oportunidad, pero ellos al admitir que harían lo mismo otra vez, el rey decidió arrojarlos a un horno ardiente en llamas. Las llamas eran muy calientes que los hombres que los echaron fueron muertos

por el calor ardiente del horno. Pero los tres amigos no fueron tocados ni un pelo de su cabeza y todo lo que ardió fueron las cuerdas que ataban sus manos. El rey asombrado se puso en pie y, mirando hacia el horno, no vio tres, sino cuatro hombres en el fuego. Cristo fue uno con sus siervos en sus pruebas y aflicciones (Daniel 3).

Jacob se encuentra con su Antagónico

Un ejemplo más poderoso de la unión de Cristo con cada uno de nosotros es la historia de Jacob. Como muchos de nosotros experimentamos, el tiempo cuando tienes que enfrentarte con las andanzas del pasado “el esqueleto en el armario”, como lo llaman. Al regresar de veinte años de exilio, con esposas e hijos y una gran manada de rebaños, se le informa que su hermano a quien él había ofendido en gran medida se está acercando con un gran número de guerreros bien armados. Temiendo por su vida, hace todo lo que está a su alcance para apaciguar la ira de su hermano, pero aun sintiendo que no es suficiente, se va al río Jaboc para pasar la noche suplicando a Dios que lo libere de las consecuencias de su propia locura de muchos años antes.

El arroyo continúa corriendo y las sombras de los árboles lo encubren mientras esta sobre sus rodillas derramando su corazón desesperado delante de Dios. De repente, una mano se posa sobre su hombro y él piensa que está siendo atacado por un enemigo. Teme por su vida y lucha con su antagonista en las oscuras sombras de la noche. Jacob era un hombre fuerte, uno que había demostrado ser poderoso en combate, porque cuando hablaba con el padre de sus esposas, declaró que cuando los ladrones venían a robar el rebaño, y las bestias salvajes atacaban, él los vencía a todos.

Él no cede a la pelea, sin embargo, es sorprendido por la fuerza de Aquel que lucha contra él. En ningún momento de su vida había conocido a un combatiente así, uno que tenga la misma fuerza y habilidad que él. Luchan a través de las horas frías de la noche, ninguno de los dos, gana ventaja sobre el otro, sino que están en perfecta habilidad y fuerza, iguales que uno no puede

dominar al otro. Mientras tanto, ignorante de quien es su oponente, Jacob derrama su corazón a Dios declarando que todo lo que está viviendo lo tiene bien merecido, pero aun así “¿no aceptara Dios su arrepentimiento de hace veinte años atrás, cuando por primera vez reconoció la falta de su pecado?” Agotado, sigue luchando, no está dispuesto a perder en el combate y espera que la liberación de este enemigo y de su hermano todavía le sea otorgado por un Dios misericordioso y piadoso.

Mientras rayaba el alba y el cielo empezaba a iluminarse con sus rayos dorados, Él extraño con quien él había estado luchando toda la noche, tocó su muslo y se descoyuntó instantáneamente. Jacob cayó al suelo, pero no vencido, al darse cuenta que Aquel con quien él había peleado toda la noche era Él mismo a quien había estado pidiendo que lo salvará de la mano de su hermano, se aferra diciendo: “No te dejaré ir, si no me bendices” (Génesis 32:26). La bendición es concedida y Jacob es dado un nuevo nombre porque él ha luchado con los hombres y con Dios y ha prevalecido. ¿Quién era aquel con quien lucho? Era Cristo mismo. Pero Cristo no pudo vencer a Jacob, tampoco Jacob pudo vencer a Cristo. ¿Por qué no? Él se había hecho uno con Jacob. Su fuerza y habilidad eran idénticas porque Él y Jacob eran como una sola persona.

El salvador de ellos es nuestro Salvador

Este es el Salvador a quien los patriarcas adoraban y este mismo Salvador debemos adorar; o de lo contrario, Cristo no es nuestro Salvador. De la misma manera en que Él se ha manifestado a los santos desesperados, Él se manifestará hoy a nosotros. Él nos invita a recibir su palabra, a recibirla personalmente y creer que Él se ha hecho uno con nosotros. No, ni Él ni nosotros perdemos nuestra individualidad, Él sigue siendo Cristo y nosotros no llegamos a ser Él; pero, así como Él es uno con su Padre, así “DIOS” es uno con nosotros, uno con Pablo, uno con Pedro, etc. Donde está el Espíritu Santo, allí está Cristo, y donde está Cristo, el Padre también está allí (Juan 14:23).

¿Podría ser que se nos haya ocultado un gran secreto du-

rante muchos, muchos años? ¡Oh cuántas personas se hunden en la tumba en un total fracaso y desesperación, sin darse cuenta del gran Regalo que Dios ha preparado para cada uno de nosotros! ¡Una nueva vida! Nuestra propia. Sin embargo, llena de la perfección misma de Dios.

El diablo ha tenido un gran éxito al esconder esta preciosa verdad de nuestros ojos y mentes. Pero ya no permanecerá más en la oscuridad. Dios ha prometido que toda la tierra será alumbrada con su gloria. Él ha prometido que el misterio llegará a su fin, el misterio que había estado oculto a través de los siglos y edades eternas, pero ahora se ha manifestado, que es “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:26-27).

¡Cristo como tú, la verdadera esperanza!

CAPÍTULO 10

¿Qué significa “conocer” a Cristo?

Jeremías declara: “Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque yo soy vuestro esposo...” (Jeremías 3:14). Sin embargo, Génesis describe el matrimonio como la unión de dos personas en “una sola carne” (Génesis 2:24). La consumación del matrimonio es en la noche de boda, cuando dos personas se unen en “una sola”. “Y Adán conoció a Eva, su mujer; Y concibió, y dio a luz a Caín” (Génesis 4:1). La palabra “conoció” o “conocer” denota la estrecha intimidad personal entre el marido y su mujer. Aun así, la relación matrimonial no llega a ilustrar perfectamente la unión estrecha de Cristo con cada persona individualmente. Cristo hablo a aquellos que se jactaron en sus propias obras, diciendo: “Nunca os conocí” (Mateo 7:21-23), eso indica que estos individuos nunca decidieron tener una relación de unión con Él.

Él había estado llamando a la puerta de sus corazones, deseando morar en ellos y compartir las experiencias de sus vidas (Apocalipsis 3:20), pero ellos eligieron vivir sus propias vidas sin Él. Por lo tanto, Él se dirige a ellos diciendo: “...apartaos de mí, obradores de maldad” (Mateo 7:23). Sus obras venían de ellos mismos, producidas con sus propios esfuerzos, su fe nunca se aferró a esa vida que está en Cristo y que está llena de las obras perfectas de Dios (Romanos 14:23).

Recibiendo el corazón de Cristo

Ezequiel declara que Dios dará un corazón nuevo, y pondrá espíritu nuevo dentro de vosotros (Ezequiel 36:26). Cuando Cristo vino, declaró que la ley de Dios estaba escrita en medio de su corazón y que se deleitaba en hacer la voluntad de su Padre. Cuando llegemos a ser uno con Cristo y dejemos ir al viejo

hombre que está en nosotros y recibamos ese nuevo corazón, entonces estaremos realmente recibiendo el propio corazón de Cristo como nuestro. Él quitará de nosotros ese servicio frío y formalista que le damos al Señor en ese dicho que dice: “todo lo que Jehová ha dicho lo haremos” (Éxodo 19:8, 24:7). Y recibiremos el mismo corazón de Él, ese corazón viviente, suave y amoroso, sumiso y obediente, moldeado por el Padre, como el alfarero moldea el barro (Isaías 64:8).

El apóstol Pedro

El amado, pero orgulloso Pedro lloró en el mismo lugar donde Cristo había llorado. Se dio cuenta de que Cristo había leído su alma ya que compartían la misma. La historia nos dice que Pedro se apoderó de su unión con Cristo, que cuando él estaba huyendo por su vida de la trifulca romana, se encontró con Cristo a las puertas de la ciudad, a quien Pedro pregunto, ¿A dónde vas? Y Cristo respondió, “he venido a ser crucificado de nuevo”. Pedro vio cómo su vida se había fusionado con la vida de Cristo, y cuando regreso a la ciudad él fue crucificado de cabeza.

Juan el amado

Juan, el amado, aceptó la vida de Cristo y reconoció el don para cada individuo. Él amó a los demás como Cristo lo amó a él primero. Me gustaría aquí insertar una maravillosa historia del amor de Dios hacia el pecador.

Después de la muerte del tirano, cuando Juan fue devuelto a Éfeso, desde la Isla de Patmos, se le pidió que recurriera a los lugares cercanos a él, en parte para constituir obispos, en parte para resolver las causas y los asuntos de la iglesia, en parte para ordenar y establecer a tales miembros del clero en el cargo a quienes el Espíritu Santo debería elegir. Después de lo cual, cuando llegó a cierta ciudad no muy lejana, cuyo nombre muchos aún recordaban, él se gozó y conforto a los hermanos. Y estando ahí, vio a un joven de cuerpo fuerte, de bello semblante y de mente fervi-

ente. Dirigiéndose al principal de los obispos, le dijo: “Delante de Cristo y su iglesia como testigo, ‘a tu cargo encomiendo este joven, para que lo cuides con gran diligencia’”.

Cuando el obispo recibió de él este cargo y le prometió su diligencia fiel, por segunda ocasión Juan le incito a confirmar su promesa, y la respuesta fue la misma. Hecho esto, Juan regresó a Éfeso. El obispo, recibiendo al joven y comprometido a su educación, lo llevó a casa, lo guardó y lo alimentó, y al final también lo iluminó (es decir, lo bautizó), y en poco tiempo a través de su diligencia fiel lo llevó a tal orden y orientación, que incluso le encomendó la supervisión de cierta curación a enfermos en favor del Señor.

El joven teniendo así más libertad, se dio cuenta de que algunos de sus compañeros y viejos familiares, ociosos, disolutos y acostumbrados a los viejos tiempos, se unieron a él, quien primero lo llevaron a banquetes suntuosos y desenfrenados; luego lo incitaron a salir con ellos en la noche para robar y hurtar; después de eso fue seducido por ellos para mayor maldad e iniquidad. Con el tiempo llegó a tener más práctica, llegando así a tener más astucia. Y su buen ingenio y coraje, lo llevaron a ser como un caballo salvaje, sin domador ni riendas. Dejando así el camino correcto. Corriendo así en sus aventuras malvadas, fue llevado hasta lo más profundo de la degradación de la maldad. Olvidando y rechazando por completo la sana doctrina de la salvación, que había aprendido antes. Comenzó a concentrarse en asuntos ya mayores. Y por cuanto ya estaba en ese camino de perdición, no le importaba cuánto más avanzaba. Y así, al asociarse con la compañía de ladrones, a él se le dio el cargo de líder y capitán para la comisión de asesinato y delitos grave.

Mientras tanto, se dio la casualidad que, por necesidad, enviaron a Juan nuevamente a esos barrios y asistió. Y una vez terminada su misión, se reunió con el obispo antes especificado, le preguntó acerca de su compromiso que se le había hecho delante de Cristo y su iglesia. El obispo, algo sorprendido por las palabras de Juan, suponiendo que se refería a algún dinero destinado a su custodia que no había recibido (y sin embargo no se atrevía a desconfiar de Juan ni a contradecir sus palabras) no

supo qué responder.

Mientras tanto, Juan, percibiendo su duda, fue más claro: “el joven”, dijo, “el alma de nuestro hermano comprometida a su custodia, la pido”.

Entonces el obispo con una voz fuerte, triste y llorando, dijo: “está muerto”.

A quién Juan respondió: “¿Cómo y por qué murió?”

El obispo dijo: “Está muerto para Dios, porque se ha convertido en un hombre malvado y pernicioso; para ser breve, y ladrón y asesino, y ahora frecuenta esta montaña con una compañía de villanos iguales a él, y están en contra la iglesia”.

Pero el apóstol rasgó sus vestidos y con gran lamentación dijo: “¡Confíe en un buen guardián el alma de mi hermano!” Traígame un caballo y déjeme tener un guía conmigo. Que cuando obtuvo su caballo y guía, salió de la iglesia lo más rápido que pudo y, al llegar a aquel lugar, fue capturado por ladrones que lo observaban. Pero él sin rehusarse a ellos, dijo: “Vine por esta misma causa; guíame”, dijo él, “a tu capitán”.

Entonces, llegando vio al capitán todo armado. Y este comenzó a mirarlo ferozmente; y pronto lo reconoció, y se vio afectado por la confusión y la vergüenza, y comenzó a huir. Pero el anciano lo siguió tanto como pudo, olvidando su edad y gritando: “Hijo mío, ¿por qué huyes de tu padre? ¡Un joven armado contra un anciano débil y viejo! Ten piedad de mí, hijo mío, y no temas, porque aún hay esperanza de salvación; responderé por ti a Cristo; Moriré por ti si es necesario; Como Cristo murió por nosotros, daré mi vida por ti. Créeme, Cristo me ha enviado”.

Escuchando estas cosas, se detuvo, y con ello su coraje fue disminuido. Tiro sus armas al suelo, todo tembloroso y llorando amargamente, se acercó al anciano le abrazo y le habló llorando (como pudo), y con sus lágrimas que corrían sobre su rostro fue bautizado. Solo que su mano derecha la mantenía oculta y cubierta. Luego, el apóstol, después de eso, le prometió y lo determinó firmemente que debía obtener la remisión de nuestro Salvador, y también oró, se arrodilló y besó su mano derecha asesina, que por vergüenza no pudo mostrar antes, como ahora. Purificado

por el arrepentimiento, lo trajo a la congregación. Y cuando había orado por él con oraciones continuas y ayunos diarios, y había consolado y confirmado su mente con muchas oraciones, no se apartó de él antes de haberlo devuelto a la congregación, y lo convirtió en un gran ejemplo y prueba de regeneración. Fue un testimonio de regeneración visible.

John Foxe, *Foxe's Book of Martyrs*, Volumen 1, página 29.

El apóstol Pablo

El apóstol Pablo dice lo que cada uno de nosotros tiene por derecho de decir:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a si mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Resumiendo, esta vida en Cristo, dice “Porque para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21).

Martín Lutero

Martín Lutero enseñó a un Salvador personal. Él declaró:

La fe debe enseñarse puramente, es decir, que estás tan enteramente unido a Cristo, que Él y tú han sido hecho como si fuera una sola persona: para que con valentía puedas decir, ‘ahora soy uno con Cristo, es decir, la justicia de Cristo, su victoria y su vida son mías’. Y otra vez, Cristo puede decir: ‘Yo soy ese pecador, es decir, sus pecados y su muerte Míos son, porque él está unido y pegado a Mí, y yo a él’. Porque por la fe estamos tan unidos que nos convertimos en miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos (Efesios 5:30).

Martin Lutero, *Comentario a los Gálatas*, Gálatas 2:20.

Y hablando más en sus comentarios, Lutero dice que Cristo:

Tomó sobre Él a nuestra persona pecadora, y nos dio a Su persona inocente y victoriosa con lo que nos vestimos, ahora somos liberados de la maldición de la ley. Porque Cristo, de buena

gana, fue hecho maldición por nosotros. En su propia persona, Él era bendecido y no necesitaba nada, sin embargo, Él dijo: Me humillare a Mí mismo y pondré sobre Mí tu persona ... y sufriré la muerte que a ti (pecador) te toca, para librarte de ella

Esta imagen y pensamiento debe permanecer continuamente delante de nosotros, y contemplar lo mismo con el ojo firme de la fe. El que así lo hace, tiene la victoria e inocencia de Cristo segura, aunque nunca sea tan gran pecador. Solo por la fe, y nada más que eso, somos hechos justos, ya que la fe se apodera de esa realidad. Mira, pues, que cuanto más lo creas, tanto más lo disfrutaras . . .

Si tú crees, el pecado, la muerte y la maldición que han de ser abolidas, ya fueron abolidos. Porque Cristo ya venció y ha quitado todo esto en sí mismo, y ahora a nosotros nos toca creer. Así como en su propia persona no hay pecado, ni muerte, así también es en nosotros, viendo que Él ha hecho y alcanzado todas estas cosas para nosotros. Por lo tanto, si el pecado te aflige y te aterroriza, piensa que esto es (como en efecto lo es) una imaginación, y una falsa ilusión del diablo. Porque de hecho ya no hay pecado, ni maldición, ni muerte, ni diablo, que nos pueda seguir lastimando, porque Cristo ya venció y abolió todas estas cosas. La victoria de Cristo es más segura y no hay defecto en ella misma, sino en nuestra incredulidad (el no creer).

Ibíd. Gálatas 3:13.

Esta es una revelación exacta de como Dios realmente ve las cosas, porque los muertos para Él viven y Él cuenta “aquellas cosas que no son, como si fuesen” (Lucas 20:28; Romanos 4:17). Satanás ya está vencido, el problema del pecado ya ha sido resuelto y nosotros ya estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales. Cuando nuestra fe sea perfecta, esta será nuestra realidad.

John Bunyan

John Bunyan era un hombre desesperado, y Cristo no dejó de identificarse con él. Escribiendo en el relato autobiográfico de su conversión, Bunyan escribe:

El Señor también me guió en el misterio de la unión con el Hijo de Dios; que yo estaba unido a Él, que yo era carne de su carne y hueso de sus huesos, ... porque si Él y yo somos uno, entonces su justicia es mía, sus méritos míos son, su victoria también es mía. Ahora puedo verme a mí mismo en el cielo y en la tierra a la vez: en el cielo por mi Cristo, por mi cabeza, por mí justicia y vida, aunque en la tierra es por mi cuerpo o persona.

John Bunyan, *Abundante Gracia para el Principal de los Pecadores*.

Charles Spurgeon

Charles Spurgeon escribe esto:

Por decreto divino, existió tal unión entre Cristo y su pueblo, que todo lo que Cristo hizo fue lo que hizo su pueblo: y todo lo que Cristo realizó, lo hizo su pueblo, porque estaban en sus entrañas cuando descendió a la tumba, y en sus lomos han subido a lo alto; con Él entraron en la dicha; y con Él se sientan en lugares celestiales.

Charles Spurgeon, sermón: *Cristo en el Pacto*.

El Desesperado

A lo largo de los siglos, muchos se han apoderado de esta maravillosa verdad y han sido burlados, ridiculizados y sufridos en su nombre. Pero no importa cuáles sean las consecuencias, se debe contar la verdad de lo que Dios y Cristo realmente han hecho por nosotros. Ni una sola fracción de la eterna gracia de Dios puede ser guardada de la mente y los corazones de aquellos que están buscando desesperadamente una solución a los problemas de la vida. Esta verdad rodeará la tierra con su gloria, y luego vendrá el fin, porque Dios verá su vida perfectamente reproducida en los que quieren ser salvos, y Él vendrá y los llevará a casa.

La acusación de blasfemia contra Cristo será lanzada a sus seguidores hoy

Que Dios pueda ser uno con nosotros no es un mito. ¡En

los días de Cristo se consideraba una blasfemia que un hombre afirmara ser Dios! Y hoy, se considera blasfemia afirmar que Dios se hizo hombre. Pero peor aún, ¿un hombre en particular? ¿Tal vez uno que conozcamos personalmente? Incluso nosotros mismos. A pesar de todas las reacciones, mi clamor es: “¡Dame un Jesús así, porque nada menos que eso me puede salvar!”

Si muchas religiones en este mundo tienen la libertad de declarar que cada individuo es Cristo, entonces reclamamos el derecho de declarar la verdad, que Cristo se identificó tan perfectamente con el individuo que se convirtió en “mi”. Dios es Dios. Él puede hacer lo que quiera, lo que se necesite hacer para nuestra salvación. Él puede convertirse en “nosotros” si lo desea y nuestra salvación así lo requiera. Pero nunca podemos convertirnos en Él. Sólo funciona de una manera. Hay un solo poder que Satanás no nos ha quitado y ese es el poder de elección. Podemos optar por dejar ir el pasado y permitir que Dios obre en nosotros ahora. Y lo sorprendente es que Dios contará todas sus acciones correctas dentro de nosotros, como nuestras propias, pero atribuiremos toda gloria, alabanza y honra a Él.

¡Qué mayor declaración de amor de Dios hay aquí! ¿Alguna vez alguien te ha dicho que se alegran de no ser tú? ¿Oh que se alegran de que no están en tus zapatos? Pues bien, Cristo dice: «Yo soy tú. No me avergüenzo de ser tú, resolvamos los problemas de la vida juntos». Él sabe exactamente dónde aprieta el zapato porque está caminando contigo en los mismos zapatos y está sintiendo el pellizco tal como tú lo está sintiendo.

No nos convertimos en Dios

Algo tiene que quedar muy claro. Nada de lo que Dios nos ofrece es nuestro por derecho, o título, sino solo por misericordia y adopción. Nada es nuestro inherentemente, sino por herencia. Esto es posible solo cuando Dios se une completamente con nosotros. No tiene nada que ver con que nos convirtamos en Dios, sino que Dios nos adopta en su familia.

No es la humanidad que está queriendo alcanzar la divinidad, sino la divinidad queriendo alcanzar la humanidad.

Fue la divinidad quien tomó la humanidad sobre sí misma. La humanidad no tomó la divinidad en sí misma. No nos hacemos divinos. No evolucionamos a un estado superior de existencia. Solo Dios es Auto-existente. Nosotros no. Nunca podemos existir como Dios. Pero puede funcionar de otra manera porque Dios no está limitado.

Cristo no trajo los atributos de la divinidad a nuestra naturaleza humana, solo son nuestros como un regalo, solo cuando el hombre decide unirse con la divinidad de Dios. Aunque somos uno con Él, sus atributos nunca serán inherentes a la humanidad en sí misma. Lo que Cristo hizo, fue devolver la naturaleza humana lo que una vez fue según el plan original de Dios. En el cielo, compartiremos su trono, pero no compartiremos su derecho a ser adorado, le adoraremos a Él. Reinaremos con Él, pero solo junto a Él en su trono. Seremos sacerdotes, pero Él es el Sumo Sacerdote. Vamos a oficiar. Pero Él será el Pontífice.

Una vida que se mide con la vida de Dios

Y aquí está el regalo de Jesús. Una vida que puede ser nuestra hoy si tan sólo la aceptamos. ¿Estas lo suficientemente desesperado por ella? O ¿Estás esperando a que tu vida caiga a tu alrededor antes de reconocer tu necesidad absoluta? ¡No tardes! No queda mucho tiempo para apoderarse de ese regalo. Pero ¿por qué demorar? Si la vida que Cristo vivió fue mi propia vida, y fue el Padre viviendo Su propia vida en Él, ¿no significa eso que lo que Dios nos está ofreciendo es una vida que se mide con la vida de Dios? ¡Por supuesto! Porque es su vida. Y es nuestro ahora, y para siempre. ¡Suena bastante bien para mí!

Una oración

“Te agradezco, Dios, que no me hayas dejado que yo trate de resolver los problemas por mí mismo. Lamento que tantas veces te haya rechazado y haya tomado las cosas en mis manos. Y Tú gentilmente retrocediste y esperando pacientemente a que me diera cuenta de que no puedo hacer nada bien sin ti. Me diste mi vida, pero no la he cuidado muy bien. Y ahora tengo miedo de

vivir mi propia vida porque sé que solo arruinaré las cosas. Por favor, ¿lo vivirás por mí ahora? Te pido humildemente que me des la misma vida perfecta que has vivido en Jesús porque creo que es mi propia vida, preparada especialmente para mí, tiene mi nombre en ella. Si trato de arrebatar mi vida y destruirla de nuevo, por favor, no me permitas endurecer mi corazón e intentar arreglarlo yo mismo. Envía tu Espíritu Santo para despertarme una vez más a mi desesperada necesidad. Y ayúdame a caer, finalmente y de una vez por todas, completamente destrozado a los pies de tu Hijo amado y nunca más tomar mi vida en mis propias manos. Sólo en ti puedo confiar. Sólo en ti confié. Y te agradezco por lo que prometiste hacer porque creo que harás todas las cosas bien, siempre y cuando te lo permita. Te pido todas estas cosas en nombre de tu Hijo amado Jesucristo. Amén”.

